

La Esfera

29 Enero 1916

Año III.—Núm. 109

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO, por Anselmo Miguel Nieto

DE LA VIDA
: QUE PASA :

EL FIN DE ESTA GUERRA

WELLS ha llegado á ser popular hasta en España y esto equivale á decir que ha desenvuelto ya ampliamente el ciclo de su producción y que ha entregado al público sus mejores secretos. El género de literatura á que se dedica, fué, durante la paz, el que más halagaba el impulso de acción y de imaginación de los anglo-sajones. —Alemania acogió con entusiasmo *El túnel* de Kellerman, creyendo que había encontrado al fin su Wells. —El autor de *Anticipaciones*, obligado por su éxito, tuvo que forzar la máquina y alguna vez se ha visto que no había de culpársele á él si volaba más allá de lo que sus alas le consentían. Pero Wells dá su medida ahora, cuando el público no le pide vuelos demasiado lejanos por el mundo de la fantasía. Es hombre que representa bien su raza. Se entera de la realidad actual; se apoya en ella y reuniendo los datos del presente, aventura el cálculo de probabilidades del porvenir. ¿De qué asunto puede tratar hoy un escritor amigo de trabajar sobre materia viva, ante la expectación de sus lectores? De la guerra, indudablemente. Por eso Wells está publicando una obra que titula: *¿Mañana?* — *Tentativa de profecía*, en la que comienza por aplicar sus procedimientos de previsión del porvenir á la gran pregunta de cómo y cuando acabará esta guerra.

Como Wells lleva veinte años profetizando, ha tenido ocasión de ver grandes aciertos suyos, desde la aplicación práctica del automóvil y del aeroplano hasta la descripción de la guerra de trincheras tal como se desenvuelve desde la batalla del Marne. Se ha equivocado en muchas cosas, y lo declara al comienzo de este nuevo libro, pero sobre todo al suponer que la aplicación de los inventos iría más despacio de lo que en realidad ha ido. En 1890 el *Eolo* del francés Clemente Ader voló por primera vez cincuenta metros. En veinticinco años se ha hecho todo hasta llegar á la aviación militar. —«Todo lo que ha de ser, es ya» —dice Wells, aceptando más que inventando la teoría científica del análisis de los hechos dirigido hacia la previsión. —Lo difícil es verlo. —Más difícil aún que adivinar por deducción la marcha ascendente del progreso es anticiparse al desarrollo de sucesos en que interviene la voluntad de los hombres y de los pueblos. Y eso es precisamente lo que busca en su último libro: saber qué ocurrirá en el mundo durante diez años á partir de 1916.

Antes de la guerra, Wells se preguntaba: —¿Qué cosas, qué nuevas facilidades, qué crecimientos del poder humano van á presentarse y cómo influirán en nuestra manera de vivir? — Ahora supone ya que la guerra ha hecho gastar al mundo el precio del *comfort*, el lujo y el progreso de veinticinco años por venir, y la pregunta es otra: —¿Cómo tomarán los hombres



El famoso novelista científico inglés H. G. Wells, jugando á los soldados en su hotel, para demostrar los principios en que se basa su última obra acerca de la guerra DIBUJO DE BEGG

estos hechos harto evidentes: el despilfarro de los recursos del mundo, la detención del progreso material, la hecatombe de una gran parte de los individuos varones de casi todas las comarcas europeas y el duelo y la desdicha universal? —Dejando aparte sus consideraciones sobre la suerte de las propagandas pacifistas, vamos á referirnos solo á una cuestión previa: al término probable de esta guerra. Por el momento, ninguna otra cuestión nos interesa en tan alto grado.

Wells afirma que el hecho capital de esta guerra y el que más influirá en su terminación es el sistema de trincheras. Se refiere á un escritor ruso de gran talento, Bloch, que antes de la guerra boer, sentó la siguiente tesis: —«Una guerra entre adversarios de fuerzas casi iguales, debe fatalmente acabarse por la inmovilización de los ejércitos en presencia; y esto á causa de la eficacia defensiva, sin cesar creciente, de la infantería en las trincheras». La ventaja que de este modo se atribuye á la parte defensiva sobre la más brillante estrategia y la más fuerte superioridad numérica, debe descorazonar todo proyecto de agresión. Por ello Bloch creía que las grandes guerras habían acabado para siempre.

¿Cómo no ha ocurrido así? Wells lo explica franca y valerosamente. Por el retraso de los ejércitos aliados no ya en su organización sino en su concepción técnica de la guerra. El libro

mes y en guerra móvil y fluida —«como si no hubiera existido Bloch», dice el gran novelista inglés — evacuaron el Oeste de Bélgica y el Nordeste de Francia.

Claro es que en esa primera parte de la guerra los alemanes atacaron contando con su gran superioridad numérica de armamento y de organización. Su impulso les arrastró demasiado lejos en ese avance primitivo — tipo 1899 — tropezaron en el Marne y á partir de ese momento empezaron á jugar la partida según las reglas más recientes de 1914. Pero entonces los aliados aprendieron también y rápidamente fueron preparándose, improvisando el sistema, cavando la tierra, fortificándose, atrincherándose. «Bloch» triunfa por una y otra parte. Si fracasó en Polonia fué por falta de municiones. Si en los Balcanes ha sido otra la guerra, «Bloch» esperará á los imperios centrales en Egipto ó en la Mesopotamia. Seguirá una guerra sin victorias decisivas; sin entrada triunfal en París, en Berlín, en Londres ó en Moscov. — Ni en Constantinopla. — Y día tras día, mes tras mes, la guerra se eternizará.

Por eso juzga Wells que la inmovilización en las trincheras no terminará sino por el desgaste gradual de los combatientes y por la rendición final del más agotado. En sus anticipaciones — claro está — ese papel le corresponderá á Alemania.

Luis BELLO

de Bloch fué estimado, estudiado y asimilado en Alemania. Francia lo tradujo, pero no se preocupó de él. Inglaterra lo hubiera ignorado sin el extracto de alguna revista. La opinión general — la más culta — en ambos países era la que Wells abrigaba: que Alemania combatiría por medio de grandes ataques en masa y formidables cargas de caballería hasta estrellarse en las defensas francesas ó rusas. — Yo no aprecié en su verdadero valor — dice — la Alemania más reflexiva, más sólida, que iba á combatir sin el Kaiser y á reglarle pronto á segundo término, la Alemania de 1915, Oiswald-Krupp y Compañía. Ahora se puede ver que esa Alemania había leído, meditado y resuelto «el problema Bloch». — Como se ve, los escritores ingleses siguen hablando con toda claridad. Wells no escatima ninguna censura á su país y á sus aliados, puesto que les considera con enorme retraso respecto de sus adversarios. «Los alemanes no consideraron nunca á los aliados como soldados modernos, y ahora está claro que se prepararon á combatir á un ejército de 1900 con un ejército de 1914». Todo su plan de campaña desde el principio se basó en la convicción de que los aliados no recurrirían á la guerra de trincheras. Y, en efecto, siguiendo el estúpido axioma de que ejército atrincherado, ejército perdido, ingleses y franceses se batieron en retirada, se replegaron durante un



ESPRONCEDA

BÉCQUER

LAS MUJERES DE LOS POETAS

El genio de los poetas es como un gran resplandor que atrae á las mariposas femeninas. Y, sin embargo, casi todos los poetas han sido infortunados por sus mujeres. Del dolor del amor han nacido los más bellos poemas, que han sido gloria de los trovadores. La dama ideal, la mujer imposible fué la musa de los sonetos de Petrarca y de los poemas de Dante, hondos y armoniosos como el mar latino. La gloria y el infierno de estos dos poetas se llamaron Laura y Beatriz.

La poesía moderna es más humana y las musas más carnales. Los poetas no cantan á divinas quimeras, que tal vez ignoraban su amor, sino á mujeres reales, que les hacen sufrir. Aurora Dupin *Georges Sand*, la célebre novelista francesa fué la musa trágica para los dos grandes artistas, de quienes fué intensamente amada. Chopin, moribundo, pensaba en ella al componer su postrer Nocturno, y en *La noche de Octubre*, de Alfredo de Musset, se ve su vida completamente rota, por la influencia de su trágica amada.

Ya no fué más el bello cantor, joven y galán como un dios adolescente, que escribiera *La noche de Mayo*. El dandy, gracioso y amable, fué pronto un lúgubre pinga'o humano embrutecido y harapiento, enloquecido y anulado por el demonio del alcohol. Pronto vino la impotencia para escribir su más horrendo martirio y en seguida la muerte, en plena juventud. La causa de esta tragedia, fué una infidelidad de su amante á quien le dió el humor por complicarse en una aventura galante, con el médico Pagello, mientras Musset estaba gravemente enfermo en Venecia.

Cuando la *Georges Sand* se cansó de las caricias del italiano volvió á buscar á Musset, que la rechazó siempre. Y tal vez, entonces, ella le amó también, cuando ya no tenía remedio el daño. Un día se cortó su magnífica cabellera y se la remitió á su antiguo amante, y otra noche, al volver á su casa, la halló tirada en el umbral rogándole una limosna de cariño. Pero Musset, completamente embriagado, la dejó á la puerta, sin dignarse hacer caso de aquella tardía explosión amorosa, muy conmovedora y un poco teatral.

Otras mujeres quisieron reconquistarle para

el arte y para la vida. Pero ya estaba hundido en el monstruoso y estúpido abismo del alcohol. Tuvo una amante del más alto linaje de Francia á la que hacía esperar en las puertas de las tabernas.

En los últimos meses parecía un mendigo y era repugnante y hediondo. Fué el derrumbamiento de una vida preciosa para la poesía.

Enrique Heine, el divino *ruiseñor alemán*, que hizo su nido en la peluca de Voltaire, se casó con una modisilla francesa, en la víspera de un duelo, concertado en condiciones graves. La mujer de Heine tenía un papagayo y un gato que con el poeta formaban la trinidad de su amor. Ella misma lo decía de esta donosa manera:

—Yo quiero á Enrique un poco más que á mi gato y un poquito menos que á mi papagayo.

Con este espíritu de mujer vivió el gran poeta la eternidad de veinticinco años, día por día...

Bécquer amó á la clásica manera petrarquista; la mujer que le inspiró las *Rimas* no supo que había sido su musa, hasta la muerte del poeta.

Espronceda tuvo una novelesca historia de amor. Emigrado en Portugal, conoció á Teresa Mancha, hija del coronel D. Epifanio Mancha, que también era revolucionario. A orillas del Tajo hizo el poeta sus primeros madrigales, al oído de una encantadora musa de carne. Tras de una ausencia de algunos años, supo que Teresa estaba casada con un caballero inglés, y se la robó al marido. Fué un amor escandaloso, que hizo las delicias de nuestros románticos abuelos y al final de aquella apoteosis de romanticismo y de sensualidad, Teresa se fué con un amigo del poeta. Espronceda vivió vertiginosamente para olvidar aquella gatada de su musa, como Musset; estuvo al borde del abismo del alcohol y del suicidio, pero á poco de morir Teresa, en la miseria y en la soledad, tuvieron que enterrarla de limosna—Espronceda decidió hacerse diputado y casarse con una señorita con buena dote, lo que no se verificó porque falleció á los pocos días de haber pronunciado en el Congreso un discurso acerca de la industria de las lanas. Esta fué la obra postrera del genio romántico, que en el fondo era un poco mixtificador.

Carlos Baudelaire tenía una amante absurda,

la mulata Juana Duval. Esta *Venus de ébano*, como la llamaba el poeta, se embriagaba á la manera plebeya y peleona de un albañil en noche de sábado. Era un espectáculo pintoresco ver á Baudelaire por las calles de París del brazo de su negra concubina, con la melena teñida de verde esmeralda y un cerdo atado de un cordoncillo de seda rosa.

Tenía la obsesión inocente de *dépater le bourgeois*. Para ello decía las cosas más detonantes y arbitrarias. Una noche, en una reunión de académicos y de altas damas, el poeta se mostraba muy taciturno.

—¿Qué tiene usted, señor Baudelaire? ¿Está usted enfermo?—le preguntó una duquesa del tiempo del primer Imperio.

—Hoy es, para mí, un aniversario terrible. Hoy se cumplen años de la noche que yo asesiné á mi pobre padre!

En un banquete de Embajada, le preguntó al Ministro alemán:—¿Ha comido usted, alguna vez sesos de niño? Saben así como nueces frescas. A mí me gustan mucho.

El buen burgués tomaba estas bromas al pie de la letra y le rodeó de una leyenda monstruosa. La mulata le amargaba la vida; era zafia, alcohólica, apenas sabía leer y le despreciaba porque en toda su vida de gran poeta sólo ganó mil doscientos francos.

Baudelaire era un alma de místico y la gente creía que era un demonio. El Alcohol y la Miseria, en dramática coyunda, le poseyeron á lo largo de su vida horrible, de la vida más atormentada de cuantas eligió el padrino Saturno, para marcarla con la fatal aristocracia de un genio y de un infortunio extraordinarios.

No recuerdo un solo poeta que no haya sido desgraciado por las mujeres. Y sin embargo, ellas se sienten fascinadas por los poetas. El que las entendió mejor fué D. Ramón el de las *Doloras*, que fué toda su vida un gran pirata del amor, más admirable que Don Juan y que Casanova, porque además era un altísimo poeta, que gustó el placer y supo hacerlo eterno en sus estrofas. Fué un gran burlador de mujeres y es el poeta idolatrado por ellas. ¿No véis en esto una moraleja, para gufa de amadores rijosos ó sentimentales?

E. CARRÈRE

NUESTRAS VISITAS
D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ



Retrato de D. José Francos Rodríguez, pintado por Sorolla en 1904

La popularidad es muy codiciada por el que no siente sus caricias; pero un poco detestada por el esclavo de ella.

Esto pensaba el cronista durante los momentos que en compañía de Don José Francos Rodríguez atravesaba desde un bar de la Plaza de Sta. Ana a un restorán de la calle del Príncipe.

—«Adiós, Don José». «Adiós, Sr. Francos». «Adiós, Pepe». «Que sea enhorabuena».

En veinte pasos cincuenta individuos que nos detuvieron obligándonos a cortar nuestro diálogo. Y es que Francos Rodríguez es uno de los hombres más populares y admirados de Madrid. Posee, sobre todo, esa atracción especial que se llama «don de gentes».

Al fin llegamos al comedor de la «Viña P.» y tomamos asiento en una mesita situada en un rincón...

—Vamos á ver, «Caballero Audaz», —me dijo al mismo tiempo que con exquisita galantería dejaba en mi plato unos entremeses.—¿Usted quiere que nuestra conversación tenga por tema mi vida periodística, mi vida médica ó mi vida política?...

—Su vida plenamente y en todos los aspectos. Querer hacer divisiones en el vivir de un hombre sería tan necio, como intentar separar las facetas de un brillante. Quiero que me hable usted de sus padres, de sus años de niñez, esos inolvidables momentos de la vida que quedan

clavados en el corazón como una estrella, de su adolescencia llena de zozobras, de sus estudios, de sus éxitos, de sus fracasos, en fin, ¡de todo!; hasta de sus proyectos en el cargo que acaba de confiarle el Gobierno.

—¡Caramba! —exclamó Francos un poco alarmado y con una benevolencia fraternal.—Me parece demasiado para una interviú...

—Síntetizaremos.

Hubo una pausa, durante la cual el camarero nos servía el primer plato. Después, el maestro del periodismo comenzó:

—Mire usted, yo principalmente tengo el orgullo y me puedo jactar, de que desde mi cuna humildísima, me he elevado hasta la posición social que ocupo ahora.

—Gracias á sus condiciones extraordinarias de talento—agregué yo.

—Nada de eso, —rechazó él con sinceridad.—Gracias á la voluntad... La voluntad es el motor de la vida... Yo tengo el absoluto convencimiento de que el hombre que al servicio de una idea pone su voluntad, triunfa siempre, inevitablemente... Bueno; pues como le iba diciendo, mi origen era humildísimo.

—¿Su padre de usted?...

—Era cochero. Yo entré en un colegio en donde por cierto, estaba de profesor el padre del actual oficial mayor del Senado. Comencé mis primeros estudios con afición, y resultaba un

chico aplicado. A mí me enorgullecía saber más que mis condiscípulos, por lo mismo que era de clase muy humilde. Al llegar á los 7 años mi profesor D. Antonio Gil, pensó en la necesidad de llevarme al Instituto. Habló con mi padre. Eran muy halagüeñas las esperanzas que sobre mí se forjaba; pero la bolsa de mi casa era muy pobre; no había que pensar más que en ponerme lo antes posible en condiciones de ganar un jornal de bracero para contribuir al mantenimiento diario. Al fin mi profesor se rebeló contra esta idea y le dijo á mi padre: «Mire usted, yo meto al chico en el Instituto; usted me pagará si tiene, y sinó no me pagará». Así fué: á los 8 años entré en el Instituto y á los 12 salí con mi bachillerato concluido, y, entonces, se planteó el problema de la carrera.

—¿Tenía usted predilección por alguna determinada?...

—Sí, señor; por la de médico; pero, sin embargo, con tal de tener carrera, hubiese aceptado la más contraria á mis inclinaciones. Al fin pude matricularme en la carrera de Medicina, y para costearme los estudios, entré al servicio del Doctor Velasco, en cuya casa era una especie de fámulo... ¡Ah, amigo mío! ¡Cuántas noches pasé en vela llorando y estudiando!... Los que ahora envidian mi posición, que se paren un momento á pensar en mis luchas y en mis contrariedades... Claro que la vida



D. JOSÉ FRANCO RODRÍGUEZ, EN SU DESPACHO PARTICULAR

FOT. CAMPÚA

tiene sus compensaciones; pero todo en ella guarda una relación íntima y equitativa... Yo no me desalenté un momento; tenía la vista fija en el porvenir y, aunque recibiendo desgarrones en el alma, luchaba y luchaba plenamente convencido de que triunfaría... ¿Cómo nó?...
—¿Entonces usted tenía el presentimiento de un lisonjero porvenir?

—Un convencimiento absoluto. Ya le he dicho á usted que con la voluntad se llega á todas partes y mi perseverancia es inquebrantable. Cuando llegué al tercer curso de Medicina, abandoné la casa del Doctor Velasco porque entré de practicante en el Hospital de la Princesa... Terminé la carrera...

—¿Y la ejerció usted?

—Sí, sí; la ejercí durante diez años con el Doctor Cortezo. Entonces comenzaron á despertarse en mí ciertas debilidades políticas y literarias. Recuerdo que lo primero que publiqué fueron unos artículos en un periódico que se titulaba *El Criterio Científico Literario*; luego empecé á escribir crónicas profesionales en el *Siglo Médico*... A los diez años de haber terminado la carrera, me casé y tuve que irme á vivir á Hellín. Allí se truncó mi carrera médica.

—¿Mucho tiempo vivió usted en Hellín?

—Dos años.

—¿Cuál fué el primer libro que publicó usted?

—El primero *La novela de Urbesierva*.

—¿Y la primera obra teatral?—inquirí.

—Francos meditó un momento... Su sonrisa habitual se extinguió al evocar este recuerdo...

—La primera obra de teatro la estrené en Novedades el año 87... Se titulaba *La Encubridora*, y la había escrito en colaboración con García Vao... Y aquí viene un suceso extraño y triste... Cuando estábamos terminando la obra, asesinaron á mi colaborador una tarde á las siete, en la misma Glorieta de Bilbao... El asesino pudo escaparse, y todavía es la hora en que no se ha sabido porqué mataron á mi infeliz amigo, que ni tenía odios ni envidias, pues comenzaba conmigo sus pasos en la vida literaria. ¡Cosa de más misterio!...

—A todo esto, ¿sus padres de usted vivían?...

—Sí, señor. Mi padre vivió hasta el 97, y mi madre seis años menos... Figúrese usted la satisfacción de los pobres viejos, al ver que iba poco á poco logrando mis aspiraciones...

—¿Y su carrera periodística?...

—Era al mismo tiempo de todo esto. Antes de irme á Hellín, había sido redactor de *El País*, y á mi vuelta á Madrid, me llamaron para dirigir el periódico de Salmerón *La Justicia*, y en esa época fui elegido concejal de Madrid...

—¿Republicano?...

—Sí; y al poco tiempo me hice liberal, renuncié á la concejalía y pasé á dirigir *El Globo* que era entonces del Conde de Romanones. Yo no cesaba en mi labor teatral, y estrené numerosas obras, que unas gustaron y otras nó; como ocurre siempre... De *El Globo* fui á dirigir *El Heraldo*, y allí estuve hasta el 1909 que, con harto sentimiento mío, tuve que abandonarlo, para ocupar el primer cargo público que es el mismo que ahora desempeño.

—¿Y le gusta á usted la Dirección de Comunicaciones?...

—Muchísimo. Un hombre de buena voluntad tiene en la Dirección mucho campo donde realizar obra patriótica y benéfica. Basta con que se esfuerce en que las corrientes del mundo lleguen hasta los más apartados lugares, hasta la aldea más insignificante de España. Además, los comienzos de la guerra europea, nos presentaron tangible la eficacia de un sistema perfecto de comunicaciones para la rápida movilización del ejército. Aunque en el ánimo de todo ciudadano discreto anide el anhelo de una paz duradera, no podemos cerrar los ojos al peligro y es motivo de preocupación unánime la guerra. Alemania nos ha dado un ejemplo admirable de precisión, cuidando los servicios de comunicaciones en términos insuperables en la práctica. Un buen correo, una amplia red telegráfica y un servicio dilatado de teléfonos, naturalmente atendido por el mismo Estado, es la base más firme para llevar el progreso á los más apartados rincones de la nación, elevando el nivel medio de la cultura, impulsando el comercio y garantizando el orden público. Si son estos tres factores de paz eficaces colaboradores para la guerra, se comprenderá la importancia de la Dirección de Comunicaciones.

—¿Que labor se propone usted desarrollar en el cargo?...

—Seguir adelante; hasta ponernos en este ramo á la altura de las naciones más adelantadas, que son Alemania y los Estados Unidos... Le voy á dar á usted solo un par de cifras comparativas... España gasta en servicios de correos 15 millones de pesetas, y Alemania 1.038.570.729; es decir, más de mil millones más que lo que gastamos nosotros. España recauda por correos y telégrafos, 37 millones doscientas mil pesetas; Alemania 1.182 millones. Estas cifras le demostrarán á usted que el servicio de Comunicaciones en España, es una renta; y debe ser un servicio.

—¿Cree usted que sería conveniente crear el ministerio?...

Dudó un momento Francos.

—Creo firmemente que es indispensable, y además que se debe prescindir de mí para su desempeño y buscar hombre de más aptitud.

—¿Cuándo se inaugura la casa nueva?...

—En el mes de Febrero quedará establecido y funcionando en ese edificio la Caja de Ahorros Postal; enseguida trasladaré la dirección también. Uno de los servicios que pienso implantar lo antes posible, son los envíos contra reembolso; también tengo el propósito de reformar la tasa telegráfica en beneficio de la Industria y del comercio, estableciendo el «Despacho comercial».

Hubo una pausa. Estábamos ya en los postres. Yo meditaba preguntas. El maestro con aire mundano de suficiencia profesional, las esperaba tranquilo sin miedo á la sagacidad del periodista. Estaba seguro de él y de mí: de su mérito y de mi admiración.

—Y dígame usted, maestro: ¿Cuál ha sido la mayor alegría de su vida?...

Contestó rápidamente:

—El día que me examiné de la licenciatura... Y uno de los contrastes más grandes de la vida, es que suelo ir á pasar temporadas á una aldea de Asturias, donde todavía me quedan deudos humildísimos. Ya vé usted el caso este. En la actualidad yo soy Director de Comunicaciones, y un pariente mío, es cartero de Sobrado. ¿Qué le parece á usted el contraste?...

—Muy interesante... Y ¿qué aspiraciones tiene usted sobre el porvenir?...

Titubeó Francos sonriendo amablemente...

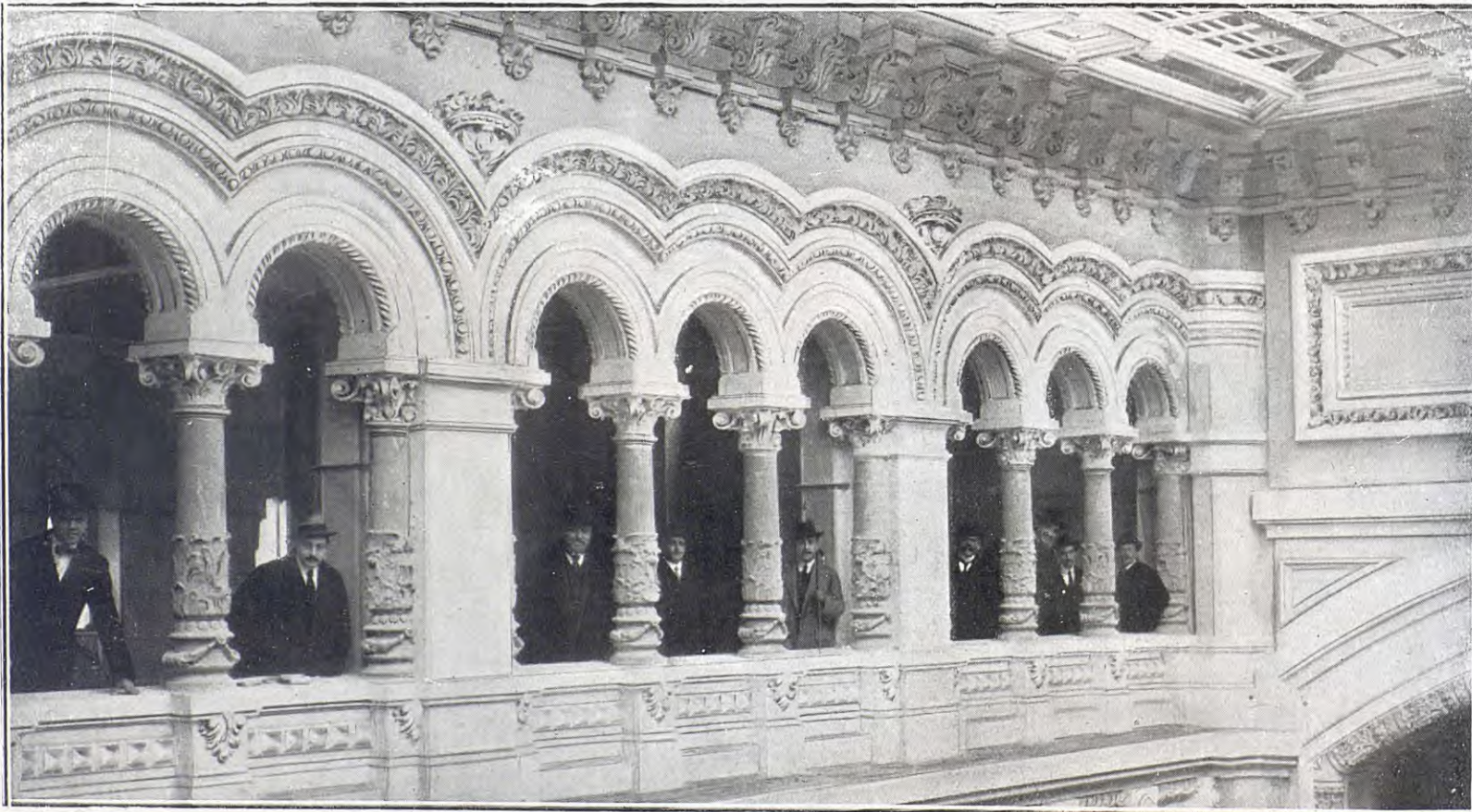
—Si lo digo... —murmuró dudando.—Pero en fin,—se decidió.—Seamos sinceros. Yo lo que deseo es hacer algo por la prosperidad y el engrandecimiento de mi patria, para que mi nombre se recuerde con gratitud... Esto es todo.

—¿Opina usted que estamos en un momento de decadencia literaria?...

—Nada de eso; muy al contrario. El número de escritores y pensadores que tenemos en la actualidad, es infinitamente superior al que teníamos hace veinte años. Además, la cultura media avanza y la suficiencia científica también. Juzgue usted por la cantidad de libros que se publican... Eso no sale del cerebro de un pueblo que agoniza: nó. Por eso creo firmemente que España vá hacia adelante; que es un país que despierta...

Habíamos terminado de comer y alentados por el cosquilleo del coñac y el aroma del veguero, nos sentíamos felices y optimistas... ¿Por qué no?...

EL CABALLERO AUDAZ



Francos Rodríguez visitando las obras del nuevo edificio de Correos y Telégrafos, que se ha levantado en la plaza de Castelar, de Madrid

FOT. CAMPÚA

FIGURAS
DE LA GUERRA

EL GENERALISIMO INGLES SIR DOUGLAS HAIG



CUANDO una nación no toca de momento el fruto de sus esfuerzos bélicos, releva á los generales que asumen el alto mando y busca en el cambio de personas la renovación de hechos.

Inglaterra busca tal vez una nueva política en Occidente, política guerra de más empuje y brío, ya que la acción marcial en Gallipoli y Salónica y la vecina pelea en Egipto y la Persia no llevan trazas de favorecer sus propósitos ni de coronar con el éxito sus planes de hegemonía mundial, base y objetivo de esta lucha cruenta y tenaz.

Para cambiar esa política en tierras de Flandes, el Parlamento destituyó al generalísimo French y nombró para sustituirle á Sir Douglas. El nacionalista Syunch, dijo en un brioso discurso:

«Inglaterra no gana la guerra por incapacidad de su alto mando del ejército. La gloria y fama de Kitchener la habían creado los periódicos principalmente; desde el día y hora en que tomó el mando dictatorial demostró su incapacidad. La falta más grande cometida por Kitchener era la cuestión de las municiones; necesitaba meses para descubrir la simple verdad de que el éxito de esta guerra dependía de la cuestión de municiones. Pero ni siquiera lo ha descubierto sólo. Las faltas que arruinaron á los belgas vuelven á repetirse con los serbios.

Inglaterra solo puede ganar en el Occidente si echa á los alemanes sobre el Rhin; pero no ha pensado en nada de esto. La incapacidad de los jefes fué la causa de que Rumanía y Grecia se queden neutrales.»

El orador pidió ante todo la cesantía de French, y que, en total, por lo menos el 70 por 100 de los oficiales fuesen relevados.

Balfour defendió al Gobierno; pero el relevo del general French fué un hecho.

El nuevo generalísimo inglés nació en 1861. Eran sus padres escoceses y fué educado en un colegio de Oxford.

En 1885 ingresó en el 7.º regimiento de Húsares llamados Húsares de la Reina y tuvo su bautismo de fuego en 1898 en Egipto, en las batallas de Atara y de Khartoum, distinguiéndose por su inteligente bizarria que le valió ser mencionado en los *Boletines oficiales* y como consecuencia de sus méritos en aquella lucha logró el grado de Mayor.

En 1899 fué nombrado delegado ayudante de general de Caballería, y fué jefe del Estado Mayor de French en las operaciones alrededor de Colesburg.

En 1900 mandó las divisiones de Caballería en el Sur de Africa hasta 1902, función en la que mereció ser citado muchas veces.

Promovido á Coronel, se le nombró ayudante del Rey. Por esta época fué designado Coronel del famoso regimiento «Los hijos de la muerte ó de la gloria», el primero de Lanceros, que siempre ha hecho honor á su lema.

Al fin de la guerra del Sur de Africa partió para la India como inspector general de Caballería y fué promovido á Mayor general en 1904.

Al principio de la actual guerra, el Mariscal French confió á su antiguo jefe de Estado Mayor el mando del primer ejército inglés.

Constantemente reconoció French en sus comunicados oficiales la activa cooperación que prestaba á sus iniciativas bélicas en el Aisne y en Neuve-Chapelle el General Douglas Haig.

General inteligente y valeroso, entusiasta y se-

reno, procurará para su patriótica misión los más laudables éxitos; pero no es sólo en el campo de batalla donde las victorias se logran; es preciso que en el archipiélago británico apoyen su labor con entusiasmo y fe y atiendan los obreros ingleses al llamamiento enérgico del Mr. Lloyd George, cuando les dijo el día de Navidad en Glasgow:

«Respondiendo al deseo del Ministro de municiones, que es un prohombre socialista, el obrero francés hace ahora caso omiso de sus reglamentos, renuncia á sus hábitos usuales y acepta la colaboración de toda persona, hombre ó mujer, apta para la fabricación de piezas de artillería, proyectiles, municiones y equipos militares para cooperar así patrióticamente á la salvación del país.

A favor del suyo, procede en forma análoga el obrero alemán.

Pues bien: será imposible el triunfo de nuestros adversarios si el obrero inglés sigue sin vacilar el ejemplo de sus camaradas franceses y anula cuantos usos se opongan á la victoria de Inglaterra.

Y es necesario que así lo haga sin reservas ni aplazamientos.»

De otro modo, añadió, Inglaterra perdería su dominio del mar y con él la soberanía del mundo.

El éxito de los generales ha de apoyarse siempre en el más sincero patriotismo de sus conterráneos; sin éste, fracasaron y fracasarán los más diestros caudillos.

CAPITÁN FONTIBRE

DIBUJO DE GAMONAL



"Indecisión", cuadro de Pradilla



"La Virgen", cuadro del "Greco"

En las Galerías Laiteanas de Barcelona, y organizada por el pintor Cristóbal Bou, se ha celebrado una exposición de *Pintura española*.

Así rezan los catálogos, lo que no deja de ser un poco extraño. ¿Por qué establecer esa tácita indiferencia de pintura española y no española dentro de España y cuando todos los artistas que en ella figuran son españoles?

Entre los expositores hay valencianos, andaluces, catalanes, extremeños, castellanos, madrileños, aragoneses. Era, por lo tanto, innecesario titular esta exposición de *Pintura española* como un reto á pasiones ya lejanas y olvidadas, ó como se hubiera titulado muy acertadamente al celebrarla en París, en Berlín, ó en Londres.

En la Exposición había muchas obras notables y algunas mediocres. Bastaría la sola enumeración de las firmas de los expositores para comprender en qué grupo de ellas estaban clasificadas.

Han concurrido los siguientes artistas: Joaquín Agravot, Manuel Benedito, Octavio Bianqui, Gonzalo Bilbao, Cristóbal Bou, Juan Cardona, José García Ramos, Guillermo Gomel Gil, A. Grasso, Cayo Guadalupe, Eugenio Hermoso, José Llasera, Anselmo Miguel Nieto, José Mongrell, Bartolomé Mongrell, José Moreno Carbonero, Muñoz Degrain, Néstor, Eugenio Oliva, Ignacio Pinazo, Alberto Pla y Rubio, Emilio Poy Dalman, Francisco Pradilla, Julio Romero de Torres, Eduardo Rosales, Salvador Sánchez Barbudo, José Segrelles, Enrique Simonet, Ricardo Urgell y Salvador Viniegra.

Destacábase, en primer lugar, un lienzo del Greco. Luego se rendía



"Tórtola Valencia", cuadro de Anselmo Miguel Nieto

piadoso recuerdo á tres artistas ya muertos: Muy característicos de sus técnicas respectivas eran los cuadros de Rosales, Viniegra, y García Ramos.

Obras de juventud remitieron los maestros Pradilla, Pinazo y Moreno Carbonero, reveladoras de sus personalidades valiosísimas.

Simonet y Agravot exponían los bocetos de sus cuadros más celebrados: *Fleirt super illam* y *Entrada de Carlos V en Yuste*. Nuevamente era admirada la bellísima *Cacería en el Pardo* de Muñoz Degrain. Toda una época de la pintura española surgía con todos sus valores intactos de estos lienzos que nos hablaban del pasado.

Pero junto á ellos estaba el avance brioso, indiscutible, de los maestros jóvenes: Manuel Benedito, con cuatro lienzos á cual más admirable; Miguel Nieto, el inimitable pintor de las mujeres, con *Margarita* y *Tórtola Valencia*; Hermoso, con *Rosa* y *De la fuente*, daba su nota de campesina paz; Néstor presentaba, además del lienzo *Mantones* que tuvimos ocasión de celebrar en la Exposición permanente del Círculo de Bellas Artes, otro titulado *Mantillas* muy representativo también de la original tendencia del ilustre artista.

Finalmente se destacaban una *Impresión de Tórtola Valencia*, hecha con la nerviosidad luminosa que caracteriza á Ricardo Urgell; *La niña del perro*, de Llasera; y *La gitani-lla* y *La Maja del abanico* de Cardona.

Y un conjunto pictórico del que puede citarse tal número de obras interesantes, bien merece la acogida que ha tenido en Barcelona, que ha sido muy halagüeña.

S. L.



CABEZA DE ESTUDIO

Cuadro de Ignacio Pinazo, que figura en la Exposición de "Pintura Española", que se celebra actualmente en Barcelona

A PROPÓSITO DE LAS "MEMORIAS DE O'LEARY"
LA VIDA SIMBÓLICA DE BOLIVAR



El puente de Toledo, sobre el Manzanares, en Madrid

FOT. SALAZAR

ENTRE los incomparables otoños de Madrid, parece ser, según verídicas referencias, que el de 1801 excedió a toda ponderación de belleza, apacible temperatura, cielos azules y sol luminoso. Los madrileños, a los que aún no pertenecía el cercado Retiro, salían a exparcirse por las orillas del Manzanares y allí los pintó Goya en numerosos cuadros. Así, pues, el puente de Toledo cuyas piedras no deberían de estar tan renegridas y sucias como están ahora, veía pasar, no a los traginantes, gitanos y pastores que hoy lo cruzan, sino a las damiselas y lechuguinos más encoquetados de la Corte. Lugar de galanteos y finezas, donde ellas derramaban su gracia tradicional y ellos se creían obligados a dar fe de su bravura, no podía sorprender que por unas palabras mal oídas o peor contestadas o por una mirada insolente se provocasen querellas. Y, sin embargo, la querella que surgió aquella tarde de aquel otoño placentero de 1801, aparte de que fue sonada, tenía algo de simbólica y repercutió, luego, gravemente en la Historia de España, tan gravemente, que nos costó el dominio de toda la América.

Iba a caballo un gentilhomme, apuesto y lujoso, cuando trataron de detenerle varios alguaciles. El caballero negóse a entregarse prisionero y como los golillas quisieran apoderarse de él por la fuerza, les repuso sacando su espada e intentando acuchillarles. Acudieron los transeúntes y separando a los contendientes evitaron que corriese la sangre.

No era la última vez que el apuesto hidalgo había de desenvainar su espada contra los representantes de la autoridad española. Aquel gentilhomme, que asombraba con su desenfado a los madrileños, se llamaba Simón de Bolívar y era claro ejemplar y brava muestra de la aristocracia que estábamos creando en América.

Hijo de un caballero del hábito de Santiago, Coronel de las milicias

nacionales en los Valles de Aragua, se había presentado en la Corte ostentando los títulos de Marqués de Bolívar, Vizconde de Cocorote y señor de Aroa.

Vino a Madrid recomendado a D. Manuel Mallo, el rival de Godoy, fue recibido en Palacio con el afecto que se profesaba a los indios que llevaban con su oro las arcas reales y su natural distinguido y su viva inteligencia y su intrépida caballerosidad le condujeron fácilmente a la in-

timidad con los personajes de la Corte. De esta intimidad da idea aquella otra simbólica escena ocurrida en los jardines de Aranjuez. Jugaba el Príncipe de Asturias, el deseado Fernando, que tantas malaventuras y daños y vidas había de costar a la pobre España, a la raqueta con varios cortesanos, estando entre ellos Simón Bolívar, quien lindamente dió en la cabeza del Príncipe con una de las pelotas que arrojara. Se lamentó Fernando de la irreverencia y del dolor del testarazo. ¡Quién había de decirle que no muchos años después, la misma mano había de inflingirle irreverencia mayor y darle un testarazo mucho más grave! no en la cabeza, sino en la propia corona.

Hasta aquel dulce amorío de Bolívar parece simbólico. En casa del Marqués de Ustariz conoció a una linda madrileña, María Teresa del Toro y la amó con tan precipitado fuego que en aquel mismo otoño casóse con ella y marchóse a gozar su idilio en América. Desembarcó en La Guayra y apenas comenzó a ordenar su nueva vida, murió su mujer. Fue ésta la misma brevedad de sus amores con España. Acaso, aquella vida fue cercenada en plena flor de belleza y de juventud por un designio providencial. Porque sólo aquel amor calmaba la extraña inquietud de que Bolívar se siente poseído.

¿Cuándo nace en él la idea de la liberación de América? Es posible que hasta después de la muerte de la linda madrileña. El hecho es que Bolívar, al enviudar viene otra vez a Madrid. Era ya bien entrado el 1804. Acaso la Corte, donde el poderío de Godoy se ha acrecentado y a la par se ha acrecentado todo descoco, y donde se inician ya las intrigas de los halagadores de Fernando, no le satisface. A quien viene de allá lejos, a quien conoce toda la grandeza y toda la riqueza del inmenso Dominio, debió de parecerle aquella desatinada familia real, pequeña dinastía para tan hermoso Imperio. El hecho es que va a Francia, a Suiza y a



Estatua de Bolívar en el monumento erigido en Bogotá. (Obra del escultor Fremiet)

Italia. Al recorrer Francia, su temple de héroe, de conquistador, de aventurero se siente despertado y estremecido por la gloria de Napoleón, entonces en su más alta cumbre. La inquietud que le trae y le lleva desde su mocedad en largos viajes, en querellas, en amores ha adivinado un ideal en qué satisfacerse. Al llegar á Roma, al visitar el Aventino, hace un juramento digno de Aníbal. Romántico y teatral, con la teatralidad de las acciones que cuando fracasan son ridículas y cuando triunfan son heroicas, Bolívar jura consagrar su vida á la independencia de su patria. Por desgracia para España, Bolívar era nieto de vascos, y osado y testarudo supo cumplir su juramento.

¿Cómo lo cumplió?

Cuando comienza la lucha surge al lado de Bolívar un hombre: el irlandés O'Leary—estos irlandeses emigrados que tanto influyen en la Historia de España!—Este hombre no es un latino impresionable, y aunque toma parte en la contienda como un profesional del militarismo, no se siente movido de las pasiones que impulsan á americanos y á españoles. Este hombre, de quien Bolívar hace su ayudante y su confidente, dejó escritas sus *Memorias* que ahora ha editado en dos grandes volúmenes, con prólogo admirable y notas certeras un escritor americano, Blanco Fombona. En este libro está la vida íntima de Bolívar y la historia de la separación de América. Leyéndolo vamos los españoles paladeando, hora por hora la amargura de aquel hundimiento. Narrada friamente, desapasionadamente por O'Leary asistimos á aquella guerra sin cuartel, cruel y caballerescamente al mismo tiempo. *Peleaban los españoles con sus hijos...* como luego habían de pelear con sus hermanos y nos espanta aquella dilapidación de energías y aquel derroche de heroísmo, tan sin frutos, como si fuese cierto que hay un providencialismo que tiene condenada á España á ganar las batallas y á perder en ellas los territorios. Y la tremenda frase de que peleábamos con nuestros hijos no se borra de nuestra imaginación.

En esas *Memorias*, vemos con melancólico orgullo, confirmado que el heroísmo de los soldados españoles no fué menor frente al grito de independencia que lo había sido en el período del descubrimiento y de la conquista. Boves el asturiano vencedor de Bolívar, no envidia á Pizarro; Murillo no es inferior á Cortés; Ordoñez en Chile, puede creerse reemplazando á Valdivia cuyo recuerdo no se borra de la memoria de los chilenos y el General Jerónimo Valdés, primer Conde de Torata era, no un conquistador instintivo y heroico solamente, sino un gran soldado de su época, dominador, político y gobernante... y á su lado, en parangón con él, el General Rodil defendiendo el Callao contra toda la América ya emancipada,



Bolívar en 1814.—Cuadro del pintor venezolano Tilo-Salas.—Los vecinos de Caracas huyen tras Bolívar, derrotado por el asturiano Boves en la batalla de la Puerta, el 15 de Junio de 1814

igual a sus hazañas la que se tuviera por más famosa: la quema de las naves en las que se pudiera encontrar refugio en un momento de adversidad.

Y sobre todos ellos—forzoso es reconocerlo—, iluminado por el azar afortunado de un de-

comprendía y de la envidia que le odiaba. Una demagogia desencadenada lo expulsó de las tierras que había amado. La desesperación de su agonía tiene algo de bíblica, como si fuese cierto que Jehová despeñara los hombres cuando llegaran por sus obras á creerse dioses. Sus lamentaciones parecen trenos hebraicos: «No hay día—dice—no hay hora en que estos abominables no me hagan beber la hiel de la calumnia... No quiero ser la víctima de mi consagración al más infernal pueblo de la tierra: América, que después que la he librado de sus enemigos y le he dado una libertad que no merece, me despedaza diariamente, de un extremo á otro, con toda la fuerza de sus viles pasiones...»

Más adelante, escribe una doliente frase: «... he arado en el mar...» Y acaso había una palabra que no pronunciaba, pero que pugnaba por estallar como un grito de dolor en sus labios: «España». Y acaso había en su memoria y en sus ojos doloridos el recuerdo de aquella linda madreñita que murió en sus manos como una flor mustia...

Así, como había vivido, llega á una muerte que debe parecerse simbólica también. Expulsado hasta de su ciudad natal se refugia en la hacienda de un noble español, que admiraba su genio y sus virtudes: el Marqués de Mier. Cuando murió Bolívar, el hombre que había arrancado de manos de España el mayor Imperio que conoció el orbe, hubo que ponerle una camisa del Marqués de Mier, para entregar su cuerpo al deshacimiento de la tierra... Y escribe días antes de morir: «Mis perseguidores me han conducido á las puertas del sepulcro. Yo los perdono...»

Como Napoleón, como tantos otros genios condenados á conocer la adversidad á la que no temieron, tuvo Bolívar el genio de la resignación de que fué maestro Jesús en la hora postrera. Y todo esto lo cuenta O'Leary en sus *Memorias* con sencillez que nos asombra y nos entristece. ¡Vida simbólica de Bolívar! ¡Admirable escuela para la raza!...



Monumento al conquistador español Pedro de Valdivia, en Santiago de Chile

DIONISIO PÉREZ

CUENTOS ESPAÑOLES

VUELO DE AGUILAS



EL Capitán de coraceros, Alberto Dasigny, asistió á la caída del Imperio en los luctuosos días marceños de 1870.

Cuando el desastre de Metz, retiróse con Napoleón á Sedán y las corazas de su escuadrón, heridas por la luz de unos días de fuego, fueron el sol que alumbró las postrimerías de un reinado caído en desgracia. El asistió, con la tristeza del vencimiento, á la humillante entrega de la plaza y vió partir, á lo largo de la carretera, la marcial guardia prusiana que daba escolta al último emperador de los franceses.

Al rendir su espada, heroica si vencida, vió desvanecerse sus ensueños de juventud y sintió derrumbarse el castillo de sus esperanzas. El, que había soñado muchas veces con el bastón de mariscal, se arrancó las divisas que pregñaban su graduación y después de besarlas con la devoción que se debe á una reliquia, apartó su pensamiento de los campos de batalla, para fijarlo en su casa, en suelo patrio y familiar, que se ofrecía á sus tristezas como un regazo.

Rendido París y proclamada la república de Burdeos, escuchó los gritos populares como el canto funeral de su vida. Mientras Grevy subía las gradas del Eliseo, el Capitán Dasigny escribió la última página de su historia militar—breve y trágica historia—y se entregó á la soledad de su casa, frontera al Rhin. Desde su huerto aldeano asistió al ruidoso despertar del Imperio germánico y en las aguas del río sorprendió muchas veces la sombra que proyectaban en su vuelo las orgullosas águilas prusianas. Era una sombra que azuleaba de puro negra, brillante y siniestra como el ala del cuervo, con trágicas llamaradas como una hoguera.

Alberto Dasigny dejó encerrada su juventud en la casa aldeana frontera al Rhin. Fué una resolución semihéroica, que significaba la renunciación de las ideas y aspiraciones de toda su vida y evocó en los primeros días de soledad los pasados tiempos desvanecidos como jirones de niebla. En las horas de calma, á solas en el huerto florido, cerraba los ojos para ver mejor en las negruras de la sombra. Era un fenómeno de ilusión, que le ponía delante lejanas perspectivas risueñas, un cuadro inmenso lleno de figuras que brillaban como estrellas plateadas en la alta noche. Primero, la vida en la Academia militar, una vida traviesa, alegre, pintoresca, un poco pícara, con los sueños de la adolescencia que fingían futuros días triunfales, alumbrados por el mismo sol que alumbró la glorias napoleónicas. Luego los días pasados en el cuartel, unos días rígidos y disciplinados que se iban lentamente entre el marcial estruendo de las trompetas y el piafar de los caballos impacientes. Después, la vida de campaña, incierta y azarosa, con largas jornadas al través de polvorientos caminos, bajo un sol todo fuego; con noches llenas de misterio, en las que acechaba la muerte desde el campo enemigo y rondaba el recuerdo de las cosas bien amadas acariciando el alma con la suavidad de una mano femenina; con horas de mortal desaliento y otras horas de encendido amor patrio que ponía en los labios el nombre de Francia, como un canto de victoria. Por último, los días tristes de Metz y de Sedán, los campos llenos de cadáveres, de fusiles, cureñas y cañones como restos de un naufragio; el trágico despertar de un sueño de gloria, la amargura del vencimiento y del

desastre que iba floreciendo en su alma como una flor morada de pasión, mientras la Historia escribía en sus páginas la caída de un trono y la ira popular estallaba en las calles como un incendio. Ahora el dulce sosiego de la casa aldeana, el ritmo de unas horas apacibles pasadas en el huerto familiar, sobre los caminitos polvorosos orillados de flores; los cuidados de la amada mujer, cuyas manos blancas y pulidas, al acariciar la frente cargada de nubes hacían el milagro de rasgarlas y desvanecerlas como un rayo del sol. Y arrullando la tristeza del vencimiento, el Rhin fronterizo, con las márgenes pobladas de vetustos castillos, el río de encanto y de leyenda sobre cuyas aguas parecía navegar, bajo el cielo estrellado, el nevado cisne de Lohengrin, el caballero misterioso.

La tristeza romántica del capitán Dasigny, fué más suave, más poética, con el nacimiento de Carlota. El dolor de la renunciación esparció entonces, sobre la casa aldeana, el aroma de la resignación, haciendo florecer en el alma de Alberto una sana alegría que subía á los labios en una sonrisa plácida, un poco melancólica y se asomaba á los ojos con resplandores apacibles, como una luz de otoño. Tenía la casa una calma conventual que irrumpía solamente la voz de Rosa como el canto de un pájaro. En el huerto crecía la niña como una flor más, entre la pompa y lozanía de otras flores que eran como una sinfonía del color, azules, rojas violadas, blancas y tenía su risa la alegría de un saltador.

Sólo alguna vez, á la hora romántica del crepúsculo, la corriente del Rhin sumía al Capitán Dasigny en una inesperada inquietud. Y entonces veía á lo lejos la sombra que proyecta-

ban en su vuelo las orgullosas águilas germanas, como el ala de un pájaro enorme y siniestro.

...

El tiempo arrojó sobre la casa aldeana de Alberto Dasigny borrascas de zozobras y dolores y días de alegría y placer, que se sucedieron en la ley fatal de la vida dejando en el alma del Capitán nuevas amarguras.

Al mismo tiempo que a los vaivenes de su hogar, el Capitán asistía serenamente a la reconstitución de su patria. Los años le arrugaron el rostro y le pusieron nieve en la cabeza; pero ni le encorvaron el cuerpo, ni le vencieron el ánimo. Sentía el corazón sano y fuerte, ardiendo en el mismo fuego de su juventud y cuando la muerte posó en la casa sus plantas frías como de mármol, para arrebatárle seres queridos, pudo sobreponerse al infortunio y hacer de sus desgracias una poética soledad. El huerto que dió flores para los muertos bien queridos, tuvo otras flores; también azules, rojas, violadas, blancas, que brillaban lozanas bajo el cuidado, la caricia mejor de Rosa, el lindo retoño que le distraía en sus soledades y alegraba su ancianidad.

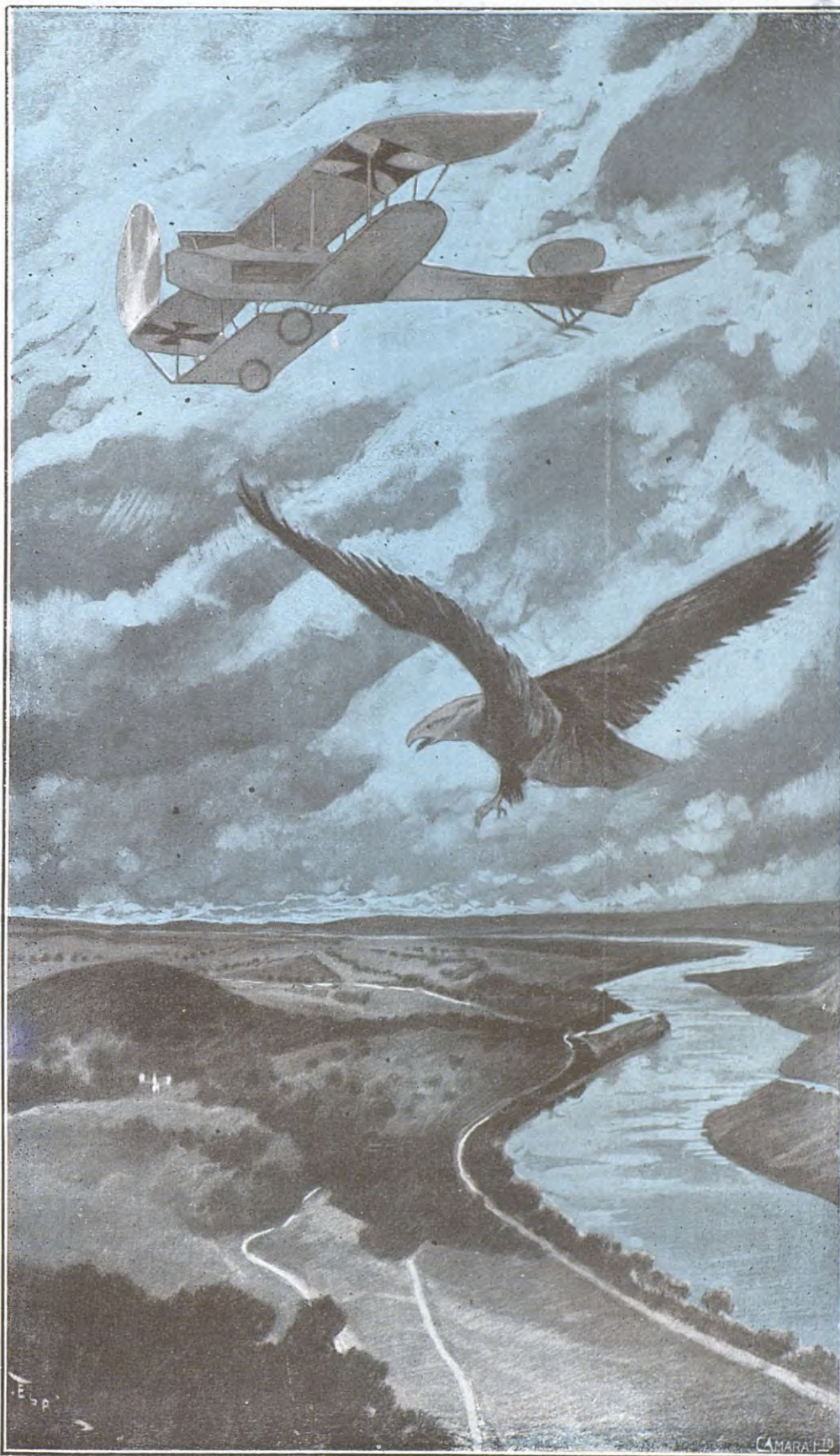
Rosa heredó todas las caricias de Alberto, cuando la Implacable dejó tristes vacíos en la casa aldeana. Era la niña blanca y rubia, con blancura de escarcha y oro de sol, de cuerpo grácil y señorial. Recordaba en la esbeltez y en la gracia a su madre, Carlota, y tenía como ella la voz cristalina como un surtidor. Al lado de su abuelo, fué creciendo la niña, descubriendo cada día nuevos encantos. En la vida libre del huerto florido y familiar, su cuerpo adquiría la pureza de líneas de una estatua, su rostro suavizaba el color rosa pálido y su cabello, ondulado ligeramente, tomaba reflejos de oro antiguo. El Capitán admiraba las gracias de la gentil nietezuela y se miraba, como en un espejo, en sus ojos, acariciaba sus cabellos y le daba en la frente, espaciosa y blanca, besos de ternura y adoración. Cuando Rosa traspasó los linderos de la adolescencia para asomarse a la juventud, el viejo militar pasaba la velada evocando el pasado, registrando papeles, libros y retratos que iba enseñando a la gentil moza a la melancólica luz de la lámpara.

Y al recuerdo de los días lejanos, el Capitán de coraceros veía en Rosa todos los rasgos familiares y se miraba con casto amor en sus ojos como si en ellos quisiera descubrir una nueva vida.

Se miraba en sus ojos. Los ojos de Rosa eran de un color extraño, ni negros, ni azules, ni verdes. Eran misteriosos y brujos, como un lago o un abismo, y tenían reflejos que eran como centelleos o como ráfagas que producían inquietud.

—Rosa, mírame... fijamente... así...

El viejo Capitán miraba largamente los ojos de la joven, como si quisiera leer en sus luces, y sentía en el corazón el dolor frío de una saeta. Y entonces, sin saber porqué, adivinaba la sombra que proyectaban en el Rhin las águilas prusianas, aquella sombra que azuleaba de puro negra.



Francia pasaba por el estremecimiento de una nueva derrota. El suelo de Bélgica temblaba bajo el peso de los cañones alemanes; el Imperio arrojaba sobre París sus huestes altaneras y el Kaiser intentaba pasear su orgullo de caudillo bajo el Arco de Triunfo. Ya se habían escrito las rojas páginas de Mons y Charleroi...

El Capitán de coraceros Alberto Dasigny sintió nuevamente la tristeza de la caída del Imperio y las vergüenzas de Metz y de Sedán. Parecía que resucitaban aquellos días trágicos, cuando él, vencido y triste, rompió la espada que ceñía al cinto y se arrancó las insignias, para retirar-

se a las soledades de su casa aldeana frontera al Rhin. El, que había sentido el júbilo del resurgir de la nueva Francia, alegre, fuerte y luminosa como un sol nuevo, sentía ahora el dolor de la lucha, las inquietudes del porvenir y las amarguras del odio. En el pecho le ardía, abrasándole el corazón, la llama del patriotismo.

Más que nunca quería también a Rosa, a quien veía flexible y señorial, con blancura de nieve en la cara, oro de sol en el pelo y en los ojos misterio de lago o de sima. Una fuerza extraña le obligaba a mirarla, a hundirse en el abismo de aquellos ojos que no eran negros, ni azules, ni verdes, que eran reflejo de algo lejano y una ráfaga indescifrable.

—Rosa, mírame... fijamente... así...

Mientras hablaba, le cogía las manos y las apretaba en una convulsión. Y en el fondo de las pupilas, veía obsesionado la azulina sombra de las águilas imperiales.

Una noche, el viejo Capitán Dasigny sentía la esperanza del triunfo, mientras soñaba en próximos días felices, a la melancólica luz de la lámpara. Los ejércitos alemanes retrocedían alejándose de París y los soldados de la República, valerosos y enardecidos, legaban a la Historia el glorioso recuerdo de la batalla del Marne. El Kaiser ya no pasearía su orgullo de caudillo bajo el Arco de Triunfo.

En la calma de la noche, se escuchó un ruido extraño, algo que parecía al mismo tiempo fatigosa respiración y gigantesco aletear de un enorme pájaro. El viejo Capitán se estremeció, como si le corriera por el cuerpo una ráfaga helada. Abandonó rápidamente la casa y salió al huerto, que bañaba la luna, haciéndole ser de plata.

—¡Rosa! ¡Rosa!

Nadie contestó. Arriba, en el espacio, se escuchaba el extraño ruido, que era aleteo o respiración fatigosa. Avanzó unos pasos y gritó convulso, hasta turbar la calma de la noche.

—¡Rosa! ¡Rosa!

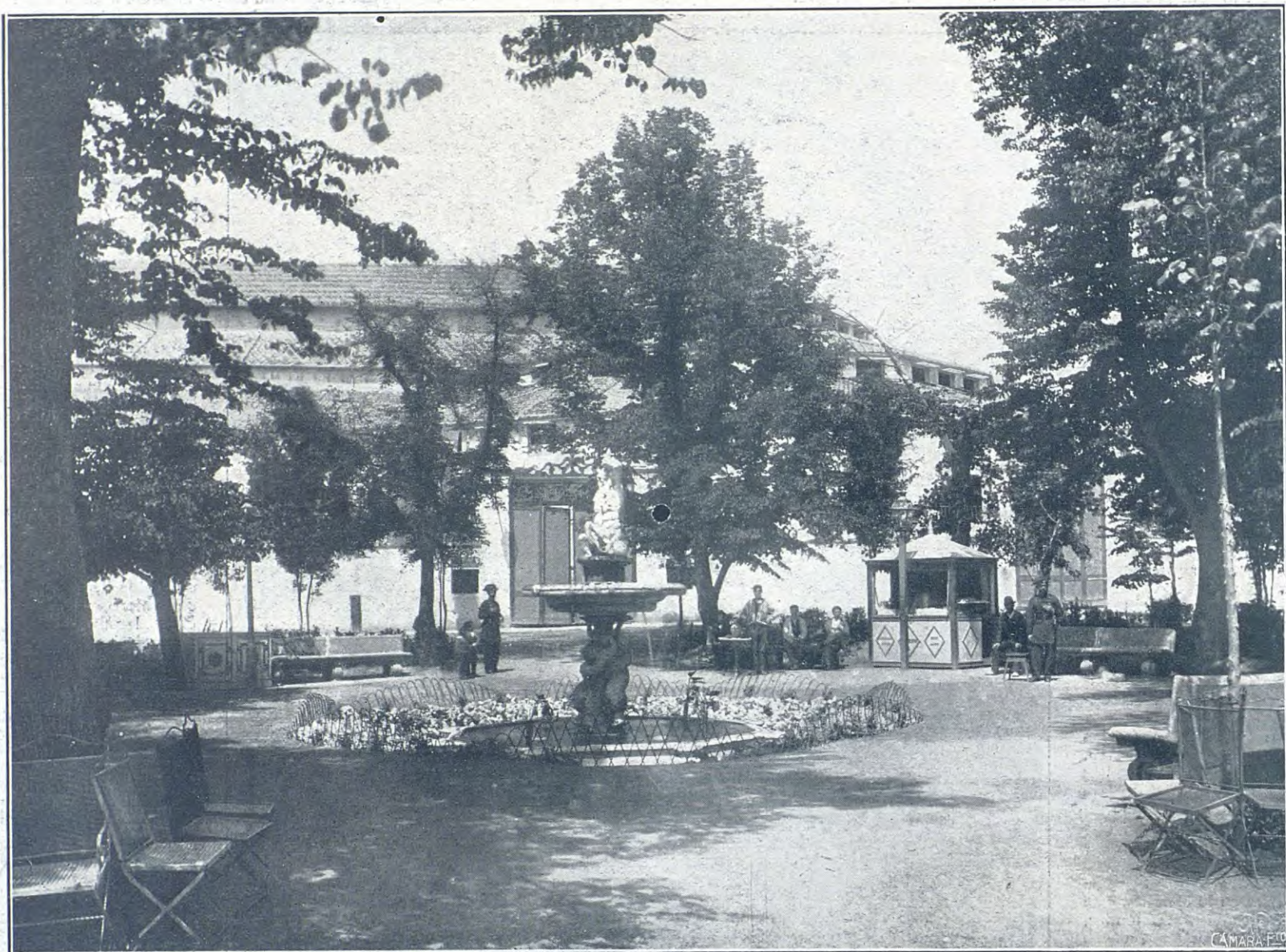
Otra vez el silencio sobre la tierra y allá arriba el rumor inquietante, más débil, más lejano. Febril, sobresaltado, loco, el Capitán Dasigny alzó los ojos y escudriñó la altura. Una oleada de dolor y de ira le cegó. Lento y majestuoso, un aeroplano se alejaba, salvando con su vuelo el río fronterizo, elevándose, elevándose como

si quisiera confundirse con las estrellas que tachonaban el espacio. Viajera en la nave aérea, una mujer se encaminaba al país enemigo. Y una bandera flameaba en el aire como un trofeo.

El viejo soldado lloró de tristeza y de rabia. Al través de sus lágrimas, adivinó los ojos de Rosa y en ellos, como en un resplandor brujo la sombra que proyectaban las orgullosas águilas prusianas. Una sombra que azuleaba de puro negra, con trágicas llamaradas de hoguera brillante y siniestra como el ala del cuervo.

MIRANDO AL PASADO

LA FUENTE DE RECOLETOS



La fuente de Recoletos, frente al desaparecido Teatro del Príncipe Alfonso

HA un siglo, el que hoy es paseo de Recoletos y que entonces se llamaba Prado del mismo nombre, constituía uno de los arrabales más pintorescos de la villa madrileña.

Extendiase, por la diestra, el viejo cuartel del Pósito y el vasto monasterio, que en el año 1620 terminase bajo la dirección de un lego que antes había sido arquitecto. En este recinto conventual dormían el sueño eterno el famoso abate Pico de la Mirandola y el preclaro Saavedra Fajardo, cuya calavera se colocaba siempre sobre los catafalcos, conforme reza la tradición, esa sapientísima tradición que asegura haberse incorporado en el féretro el cadáver de doña Toda Centellas.

Estaba allí mismo, junto a la amplia huerta del monasterio, que también hacía veces de campamento para los súbditos ingleses, la célebre bodega del Mico, en la cual los frailes expendían el rico vino de Canillas.

Vióse algún tiempo, al lado de la Escuela de Veterinaria, el panorama topográfico que tanto hubo de divertir a los desocupados que tomaban el sol en el huerto de San Felipe Neri. Formando ángulo con las tapias de las Salesas, cerraba el paseo la puerta de Recoletos, levantada en la época de Fernando VI, y tomada constantemente a burla, por lo disparatado de sus inscripciones.

Frente por frente, y no a la derecha, como equivocadamente nos ha dicho Fernandez de los Rios, corría otra huerta legendaria: la del regidor Juan Fernandez, que servía de público recreo y que cautivó el ánimo de Tirso de Molina.

Más arriba, el convento de San Pascual, en-

lazado con los jardines del duque de Medina de Rioseco, mejor conocidos por las Delicias y Paraíso, cuando se adornaban con la fuente del Tritón y en ellos tenían lugar lucidos bailes y muy amenas fiestas, excepción hecha de aquella inolvidable del 15 de Septiembre de 1723, rematada con el trágico episodio de parecer ahogadas cierta duquesa y su azafata, que se habían escondido en el piso bajo, atemorizadas con la horrorosa tormenta que duró más de tres horas.

Por detrás del palacio de Oñate, en terrenos que algunos autores han atribuido al conde de Baños, se formó una plazuela rodeada de preciosos jardines. Servía este pequeño parque de solaz y grato refugio a niños y viejos, y era realmente bello en el descampado del barrio del Almirante, donde no existía más que una calle que mereciera tal nombre: la antigua del Rincón de San Cristóbal.

Alzabase, en el centro de la plazuela, la fuente de Recoletos que al presente atrae nuestra mirada retrospectiva. Del pilón, arrancaba una columna cubierta con colas de delfines; sobre ella, descansaba la taza; y parte arriba de esta, un sátiro tocaba la bocina, por la cual pasaba el surtidor, lanzando el agua a buena altura.

En torno de la fuente, las niñas juguetonas hacían corro y canturreaban las sencillas estrofas inspiradas en personajes imaginarios y que están escritas para cantarse al aire libre, en los jardines y en las plazas legendarias donde las voces infantiles suenan como gorjeos de pájaros.

Por junto a esta fontana pasaron las primiti-

vas máscaras importadas de Venecia, aquellos diablillos con largos rabos de trapo, cubiertos con una colcha, las manos llenas de sabañones y la boca toda la tarde abierta ante el higo seco que colgando de una cuerda y de una caña agitada un pícaro callejero que a la vez refería fuleñas y artilugios.

El duque de Sexto, uno de los poquísimos entusiastas y emprendedores alcaldes que hemos tenido, reformó notablemente el paseo de Recoletos, dándole próspera vida y fácil acceso al otro de la Castellana, favorito de la moda, cuando todavía se veía en su promedio el comedor preferido por las parejas amorosas, y había una calle cercana que se llamaba de la Virgen de las Azucenas y atravesaba por él la ronda de la Veterinaria.

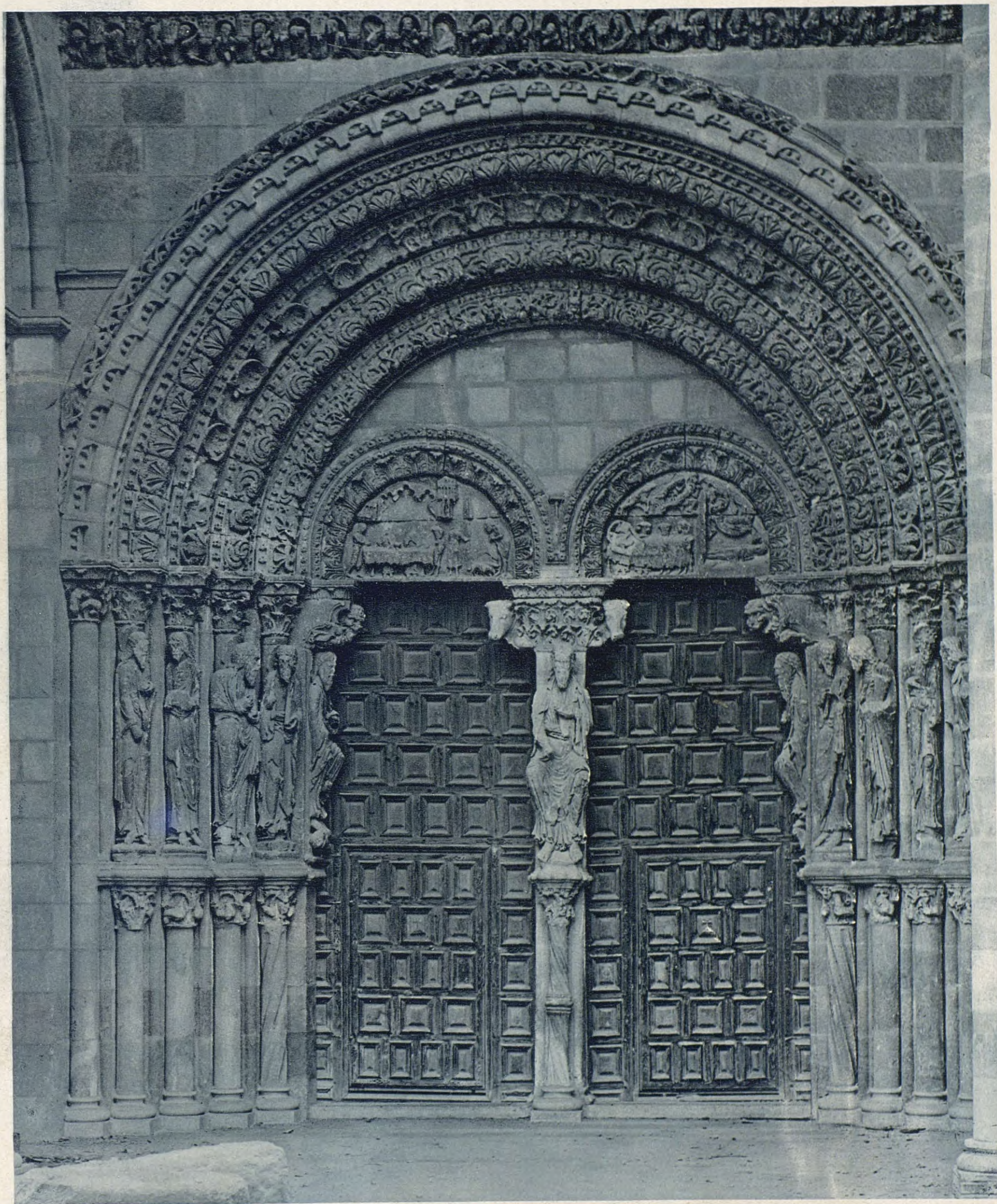
Se fueron construyendo los palacios de Remisa, Salamanca, Indo, Dóriga y Uceda. Desaparecieron los desmontes y se trazó una calle, la de Villanueva, que conducía a los Campos Eliseos.

Un ilustre capitalista, D. Simón Rivas, edificó el circo ecuestre que se veía al fondo de la fuente de Recoletos, y que en 1870 convirtiéndose en teatro de verano, celebrándose en él funciones líricas y bailes fantásticos, así como los conciertos de primavera. No era ni más ni menos que el teatro del Príncipe Alfonso, el más hermoso y cómodo que tenía Madrid, y en el cual aplaudían *Certain Nacional* los hombres mismos que en sus casas se deleitaban leyendo *La última lucha*, *Miau* y *La Montalvez*, libros recién salidos de las prensas.

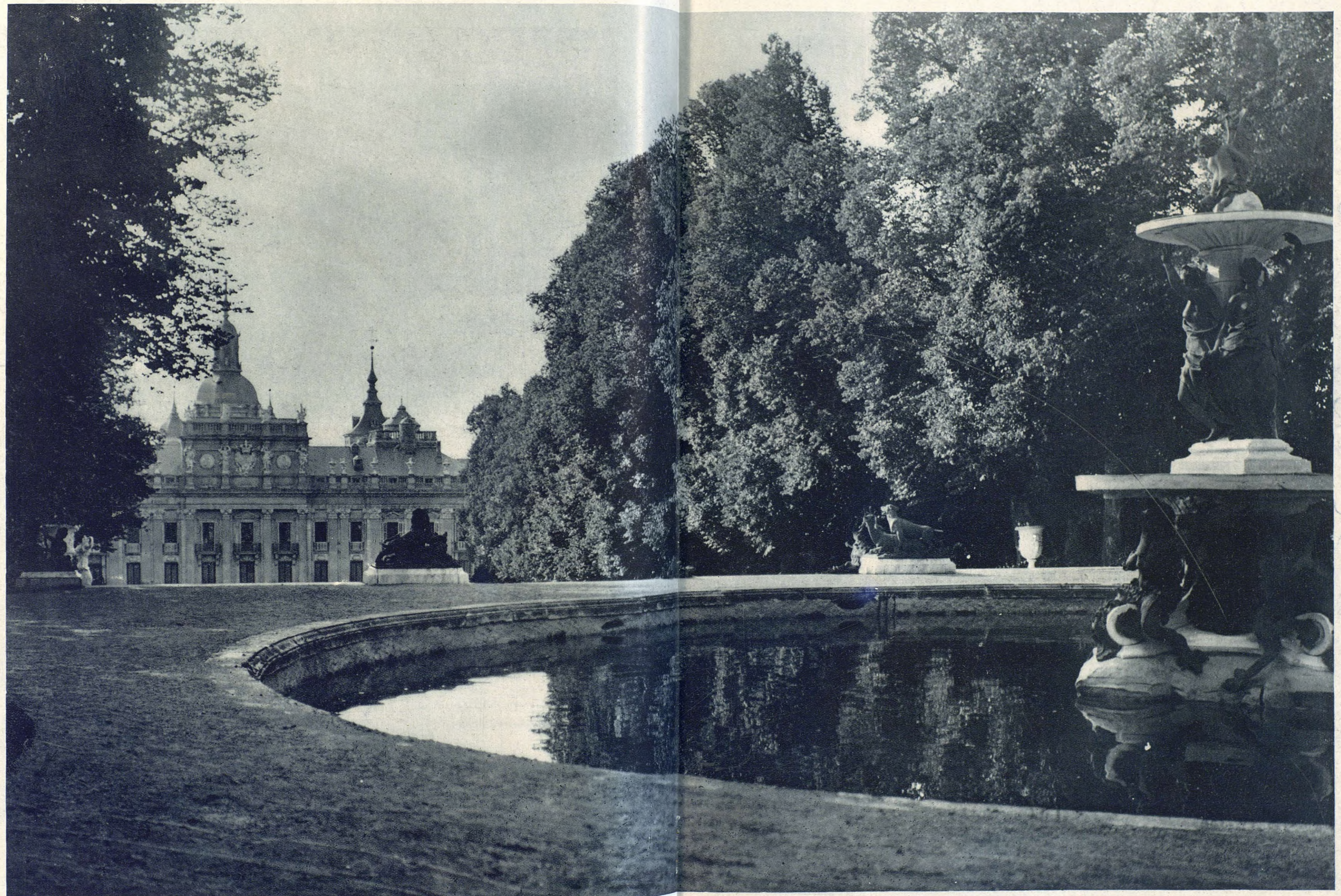
ANTONIO VELASCO ZAZO

LA ESFERA

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



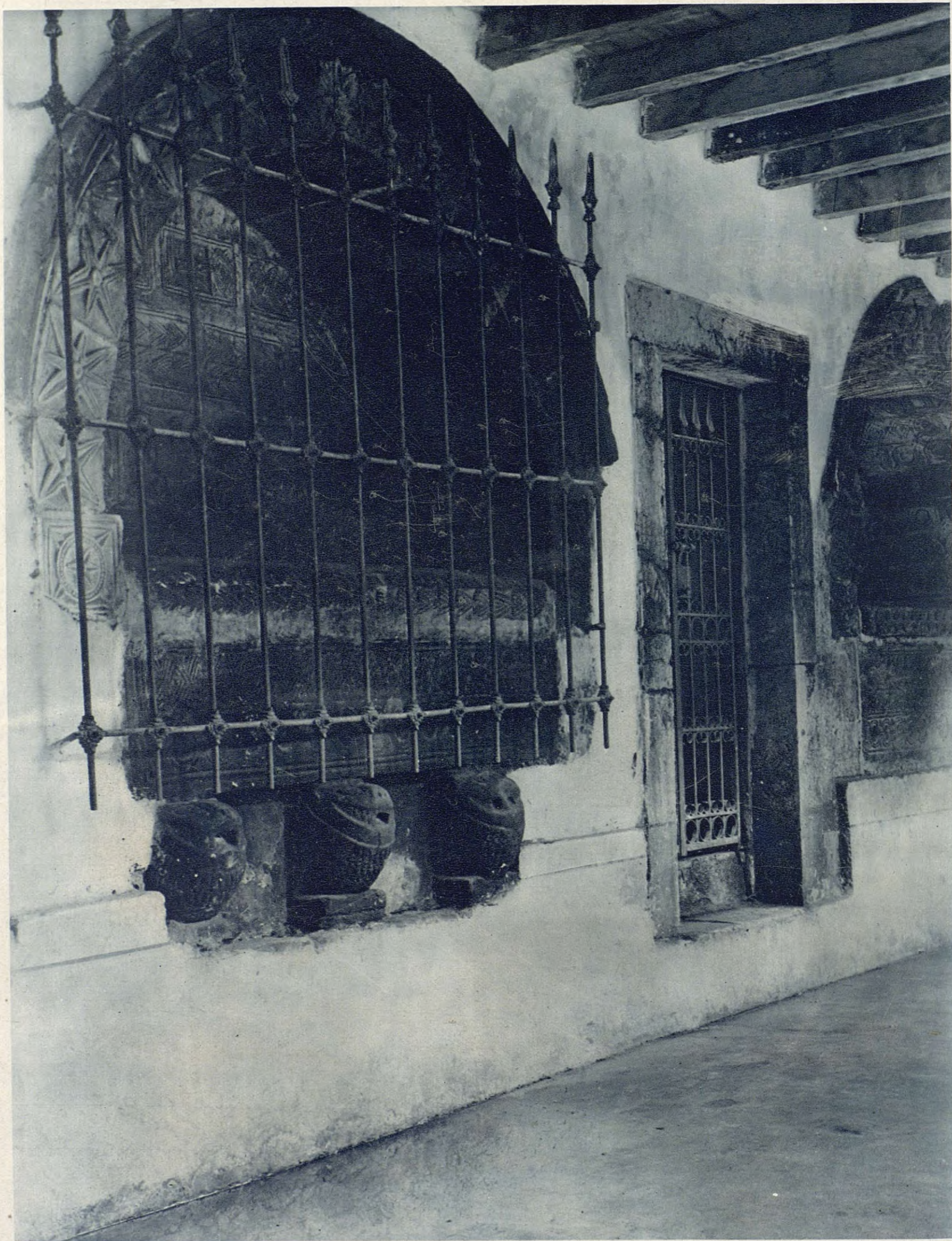
AVILA.—PUERTA PRINCIPAL DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN VICENTE,
DE ESTILO ROMÁNICO. DATA ESTE VALIOSO PÓRTICO DEL SIGLO XIII Fot. López Beaubé



VISTA DEL PALACIO Y JARDINES REALES DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA)

LA ESFERA

ESPAÑA MONUMENTAL



SEPULCROS EXISTENTES EN EL PATIO DE LA HOSPEDERÍA, DE COVADONGA Fot. Campúa

LA MODA FEMENINA

HAY quien supone que en estas épocas intermedias no ofrece la Moda materias que tratar. En realidad, lanzados los modelos que han de usarse en la estación correspondiente, conocida la aceptación que en general les hemos reservado, escuchada la crítica que enseña lo que es necesario corregir ó el aplauso que sanciona favorablemente la forma que se adoptó por último, parece lo más natural que en espera de próximos motivos tuviésemos la lengua queda y el pensamiento ocupado en otros asuntos ajenos del todo á los de la Moda.

Pero, ¿es posible esto? En nuestra conversación cotidiana, en el cambio de impresiones, en las amables charlas de visitas y paseos, ¿podemos prescindir, acaso, de hacer á la Moda objeto preferente de nuestras discusiones? De seguro que no. Para toda mujer que se dedique la atención que debe, la Moda ha de constituir una preocupación esencial. Si la estación está en sus comienzos, porque las opiniones encontradas solicitan que se aporten elementos de juicio capaces de consolidar la conveniencia de un modelo bonito ó de ayudar al vencimiento de una tendencia que pugna con el gusto y riñe batallas con la estética; si la estación termina, porque es necesario estar al corriente de lo que ha de venir, de las transformaciones que se iniciaron en pequeños detalles, en determinadas iniciativas que parecían cosa accidental y que fueron hechas, sin embargo, para observar el efecto que en nosotras producían, y conocido éste, desarrollar ó no el pensamiento concebido; si se está como ahora en un período de calma, porque la inquietud de la Moda es tal, que nunca deja de ofrecer ocasión para el comentario ni motivo para la censura ó la alabanza.

Ved si no, queridas lectoras, la evolución porque han pasado nuestros sombreros desde el principio de la temporada invernal hasta el momento presente. Comparad y notaréis cómo han ido variando adornos, estilos y hechuras, no sólo ya en los sombreros, sino en las gorras, donde el cambio ha logrado aspectos radicales. Poco á poco ha ido surgiendo al conjuro mágico de la distinción y el buen gusto una variedad tal de modelos, que ocasiona nuestra perplejidad cuando nos resolvemos á elegir porque la mayoría son muy airosos y favorecen mucho. Las formas últimas de estas gorritas propenden á corregir el defecto de las *toilettes* actua-

les, que es, como sabéis, el del achicamiento de la figura en todas aquellas damas y damitas que no fueron dotadas de una estatura proporcionada y armónica ó de una gallardía fuera de lo ordinario.

Así son altas, gentiles, graciosas, ya con la boña montada en sentido oblicuo, ya con un lazo grandísimo cuyos extremos se anudan sobre el mismo centro de la gorra elevándose perpendicularmente, bien colocado en la parte de atrás, sobre el rodete, bien sobre uno de los lados, según lo vea mejor el capricho, pero siempre levantando los picos agudos que completan una agradable y sugestiva silueta. Este último modelo de gorras recuerda mucho á aquel otro de hace dos temporadas, muy parecido en el estilo, aunque no en la espiritualidad y la distinción, y es la mejor prueba de esto el poco favor que lograron aquéllas y la predilección que obtienen éstas de las elegantes.

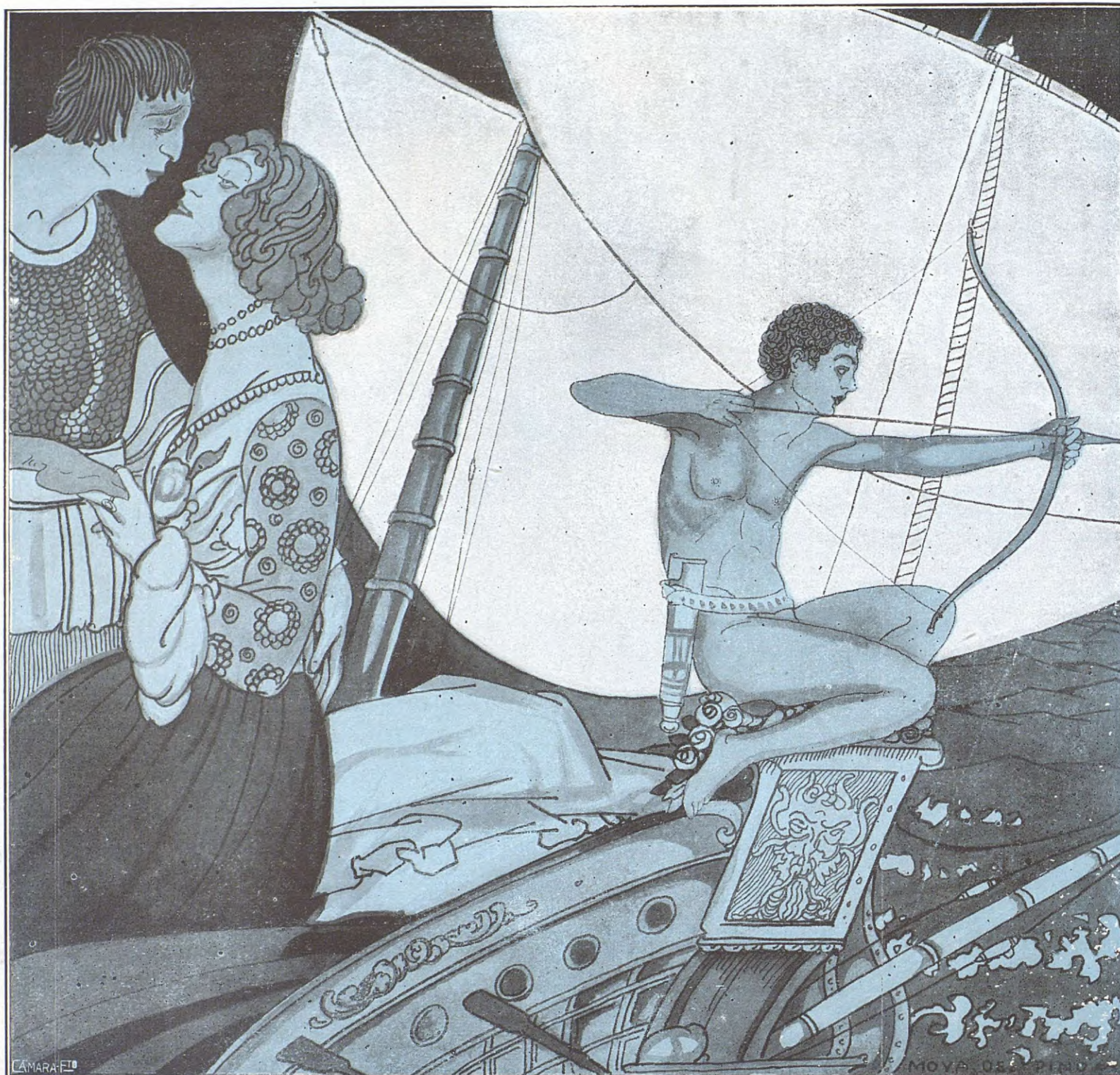
Todas las formas que recibimos con frialdad tienen algo que justifica sobradamente nuestra actitud. ¿Qué es ese algo? ¿Podemos determinarlo de un modo definitivo? La mayoría de las veces, no. ¿No os ha ocurrido en visitas y paseos, en reuniones de etiqueta y aun de confianza, que la sola presencia de una dama elegantemente vestida, bella é interesante, haya cautivado vuestra simpatía, mientras que otra de más soberana hermosura, de más exquisita distinción y llevando más ricos y lujosos atavíos no ha llegado á interesar vuestra atención, ni por tanto á conseguir, francamente, vuestra amistad sincera y la incondicional preferencia de vuestros afectos?

Ese es el motivo que nos hace aceptar ó desechar, querer ó aborrecer á las personas y á las cosas sin motivo, aunque resulte paradójica la afirmación.

Es el misterio que vive en nuestras almas enigmáticas. Es ese mismo atractivo secreto del amor que funde dos espíritus en un solo anhelo, que acuerda los corazones en un mismo latido y reúne á las más opuestas condiciones y á las más contrarias voluntades en un solo y único pensamiento.

Pero este del amor es tema para mayor espacio y para más «serias» consideraciones. Otro día echaremos nuestro cuarto á espadas en tal asunto, tratándolo más confidencialmente, de modo que mejor cuadre con nuestra sentimentalidad y nuestro romanticismo. Ya hoy he hablado más de lo que pensaba, quizás porque empecé diciéndoos que no tenía de qué hablar.—ROSALINDA





♡ CANTOS DE AMANTES ♡

AMOR ES EL CAPITAN

Nuestras vidas son navíos
que se lanzan á la mar,
saliendo de un mismo puerto
sin temor de naufragar...

Siguen una misma ruta.
Amor es su capitán.
¿Las sirenas de los celos,
á su paso, cantarán?...

Puentes de Ocasos y Auroras
van pasando, sin cesar,
día tras día, sin Norte,
capricho del viento van...

¿A qué horizontes remotos
Amor los conducirá?...

¡Mal piloto es Amor, ciego!
¿A qué puerto arribará?...

Si los navíos naufragan,
Amor jamás se ha de ahogar,
pues, aunque es ciego, sus alas
le han de llevar sobre el mar...
Si nuestras naves se hunden
á otras naves volará...

No teme Amor los escollos,
ni teme á la tempestad,
ni le importa que las naves
donde él quiere navegar
lleguen á puerto seguro
ó perezcan en la mar.

Por que Amor es más pirata
que piloto, ó capitán...

Nuestras vidas van en corso,
¿qué aventuras correrán,
qué mares desconocidos,
qué extrañas costas verán?...
¿Qué calmas ó qué tormentas
por el mundo sufrirán?...

¿Y después de tantas luchas,
nuestras naves, volverán,
unidas, al mismo puerto,
con el mismo capitán?...

Goy DE SILVA

DIBUJO DE MOYA DEL PINO



La hora íntima

FLOTA en la estancia un suave olor á esencias finas, á perfumes aristocráticos; los muebles, los stores, el rico tapiz que oculta una puerta, el búcaro de preciosa porcelana que sobre el piano desmaya unas rosas, todo lo que quieta y reposa en la salita, tiene en esta hora íntima un gesto de cordial afabilidad, de suprema delicadeza, como una sonrisa fraternal, cariñosa y dulzona: es el alma del hogar que en estos minutos tranquilos vaga en el ambiente.

Y he aquí que los dueños de la lujosa mansión, según costumbre, en esta hora placida, tibia y afable, se han refugiado en la salita cordial, en esta salita perfumada y recogida que parece que siempre les acoge con una sutil sonrisa delicadamente cariñosa y servicial y así, en tan grato

ambiente van transcurriendo los leves momentos de este rato de paz, de hogar, de familia...

Algunas veces, como ahora, la hermana mayor, siempre amable, con amabilidad complaciente y maternal interpreta al piano, con sus dedos blancos y primorosos la danza de moda, para que ella, su hermana pequeña que es caprichosa y coquetuela, aprenda el nuevo baile, los pasos y las figuras difíciles que Noli—el amigo íntimo ó acaso su novio—en calidad de bailarín habilidoso, elegante y correcto, exquisitamente correcto se encarga de ir aleccionándola. Y en tanto los ágiles pies de la linda pareja tejen la danza, en la butaca rechoncheta y cómoda, los padres ó los abuelos, miran y sonríen... Y de esta mirada de los viejos, de esta sonrisa

de sus bocas desdentadas, alguien sabe el verdadero valor, lo que significa en esas almas sesentonas, en esas caras rugosas y pálidas, de pergamino antiguo: y ese alguien son los muebles, es la salita toda que desde tantos años viene siendo testigo discreto de la hora íntima de todos los días. Y como ella conoce profundamente á toda la familia, sonrte también de esta sonrisa de los viejos porque está en el secreto... ¡Y el secreto es, que sienten una honda y desconsoladora amargura, de no ser ya jóvenes; mas como han vivido mucho, saben sonreír, que es disimular!

FERNANDO MOTA

DRUJO DE RAMÍREZ

DE LA ESPAÑA PINTORESCA
PAISAJES DEL MIERA



Vista del río Miera, á su paso por La Cavada

No es por su caudalosa corriente, por la importancia de las ciudades que se reflejan en sus aguas, ni por lo que su inmediata comunicación con el mar puede influir en la riqueza de los campos que se extienden á sus orillas, en la prosperidad del comercio y en el desarrollo del tráfico industrial por lo que merece el río Miera la atención del viajero y el elogio del poeta y la admiración del artista.

Desde su nacimiento en las montañas de Pas, agreste cuna que prepara su corriente á la marcha fatigosa á que le obliga su estrecho cauce, abierto entre peñas, en todo el recorrido que hace por el paisaje abrupto, por la campiña feraz y espléndida, por las humildes aldeas cuyo terreno fertiliza, hasta el término de su curso en la bahía de Santander, donde sus aguas dulces adquieren el amargor de las ondas marítimas, deslízase el Miera turbulento ó pacífico, obediente á los sobresaltos que le imprime su lecho pedregoso, los bruscos accidentes de su cauce, sin que su caudal se vea aumentado en grandes proporciones por el que le prestan otros arroyuelos que descienden de los vecinos montes y que como hilos de plata que serpentean entre las rocas, únense á él sin conseguir prestarle la anchura y la profundidad que á otros tan menguados y débiles logra convertir en temibles y caudalosos.

Es por la belleza agreste del panorama que recorre, por las rústicas grandiosidades de la naturaleza cuyo reflejo parpadea en sus aguas, por la vida pintoresca de sabor aldeano, de primitiva sencillez, de plácidos y suaves colores que aprovecha sus beneficios y por alguna que otra manifestación de la humana obra de otros tiempos, que á lo largo de su corriente recuerda en varios puntos la existencia de otros seres y otras cos-

tumbres, en las ruinas de una fábrica que fué castillo ó monasterio, en los pétreos arcos de un puente bajo el cual se desliza, en los restos de enhiesta torre que sirvió como campanario de antigua iglesia, por lo que se hace digna de la atención del viajero, del elogio del poeta y del asombro admirativo del artista la corriente del Miera. Difícilmente podrá encontrar-

se un río en España que en sus cuarenta kilómetros de recorrido, que son los que tiene el Miera, ofrezca una variedad tan sorprendente de bellos paisajes.

Toda la suntuosidad majestuosa del panorama santanderino, tan pródigo en encantos, tan abundante en melancólicos aspectos y en rudos contrastes que preparó la Naturaleza sin duda para dar patente de su poder incomparable, de su fertilidad asombrosa, de su potente fuerza de creación y de su mágica inventiva, ofrécese á la contemplación del que recorre el cauce del río. No es posible soñar con rincones más pintorescos, con más imprevistos accidentes, con feracidad más espléndida, con más afortunadas combinaciones de lo poético y lo rudo, de lo agreste y lo plácido, de lo asombroso y de lo sugestivo, como las que aparecen á un lado y otro de las márgenes del Miera.

Igual que las montañas azules en cuyos picos rocosos se desgajan las nubes grises, refléjase en la mansa corriente el umbroso enramado de los viejos árboles que retuercen sus troncos sobre el cauce del río. Son de pronto los cortes de las peñas los que cortando sus aguas las ennegrecen con su sombra haciendo más brillantes los espumosos torbellinos que las surcan, ó es el cielo límpido y luminoso que al reflejarse en ellas, otras veces, les da el tono brillante y alegre de un espejo, las paredes blancas de las viviendas del caserío que desde las faldas del



Vista del Miera, en Liérganes



El puente del Diablo, en Miera (Santander)

FOTS. A. BONILLA

monte baja sin miedo hasta la misma orilla y dejando pasar las aguas bulliciosas extiéndose en la opuesta planicie donde la siembra tiene mejor acomodo y las faenas agrícolas más propicio campo, ó la caprichosa agrupación de añosos y copudos árboles cuyas ramas descenden para beber en la corriente. Y aquí y allá, en uno y otro lado, por donde quiera que se dirija la mirada, ofrécense distintos aspectos de una misma

belleza, las más opuestas y las más ricas combinaciones que la Naturaleza puede forjar para deleite del espíritu y para recreo de los ojos.

No tiene el Miera en su sencilla historia páginas que rememoren hechos gloriosos, ni escribieron sus tranquilas ondas páginas que pudieran hacerlo tristemente célebre.

Las aldeas humildes que á lo largo de su cauce se levantaron sólo pueden recordar los bene-

ficios que sus aguas fertilizadoras produjeron en la campiña, mayores que los daños que causara alguna vez el desbordamiento de su corriente.

Todo el interés del río cifrase en el paisaje que recorre, en ese bello paisaje á cuya grandiosidad contribuye, no obstante su humildad, como á muchas grandezas humanas contribuyen también los seres más modestos.

JUAN BALAGUER

LA QUEJA DEL LEÑO

(DE RICHEPIN)

En el hogar deslumbrador, risueño,
el fuego silba y el espacio atruena,
mientras el viejo leño
con monótona voz gime su pena.
Dice que era nacido
á dar racimos al abril florido,
beber azul, vivir en fresco ambiente,
y cada año mirarse más crecido;
para elevar osada
su cabeza de flores coronada;
para abrigar los pájaros el nido;
para que sus canciones
regocijado el viento condujera;
mudar de traje con hechizo eterno
y vestirse cubierto de botones
su manto en primavera,
de ermitaño en invierno,
y en otoño de púrpura... Asegura
que es la del hombre condición bien dura,
pues á hachazos el árbol ha desecho,
que es un ser que á vivir tiene derecho.
Dice que al hombre... con el árbol rudo,
favores hizo á miles,
y hasta jura y perjura
que del sol contra el fuego nos dió escudo,
y que á nuestros amores juveniles
de su sombra prestó la alcoba oscura.
Y él, que nos cobijó con su frescura
contra el bochorno abrasador del día,
con arrullos después de ruiseñores
piadoso por la noche nos mecía.
Y, olvidando la infancia y los amores,
el hombre, ser de ingratitud inmensa,
sin ablandarle ruegos ni dolores,
ha matado al gigante sin defensa.

Y el leño, que sus quejas no reprime,
en el brasero se retuerce y gime...
¡Oh, leño! Te lamentas sin motivo:
no fuimos asesinos al matarte,
y ante nuestro rigor es compasivo
de tus recias raíces el librarte.
Tú que al árbol proclamas un ser vivo
y que en la libertad pones tu anhelo,
plantado como un mármol seguirías,
y esclavo para siempre te verías,
si no vinieran á arrancarte al suelo.
¡Solo la libertad presentirías,
mirando de los pájaros el vuelo!
Eres injusto en tus lamentos vanos;
nuestras piadosas manos,
dejaron ya tus ligaduras rotas
y por nosotros por el agua flotas
y mirar puedes llenas
las orillas amenas
de barqueros y casas relucientes
y briosos caballos
que arrancan chispas con los duros callos.
Viviste preso en solitarios montes.
¡Y hoy tienes tantos cielos diferentes!
¡Hoy tienes tantos nuevos horizontes!
¡Puedes gozar anhelos no sentidos,
vienes á conocer desconocidos!
Pero, ¿aún es poco? ¿sigues humillado?
¡A romperte, á quemarte, que en el fuego
sean tus recias fibras devoradas,

y que te suelten luego
á que tu esencia por los aires vibre...!
¡Ya tiendes sobre el mundo las miradas!
¡Ya vives y ya vuelas! ¡Ya eres libre!
Mírate, al fin, más alto que los giros
de tus errantes pájaros cantores,
más alto que el rumor de tus suspiros,
más alto que el aroma de tus flores.
Ya tocas en la nube y por palacio
logras tener el infinito espacio.
Vuelas ya hacia esa gasa
de rosados vapores,
que el sol radiante con su luz traspasa,
brillando tras un velo imaginario
como luce una brasa
en la profundidad del incensario;
vuelas, sin nadie que tu vuelo estorbe,
hacia ese cielo azul donde la gloria
el alma en humo convertida absorbe;
en su mansión lejana
de ensueños ideales
verás la aurora despertar mañana
con nuevos resplandores siderales.
¡Sube sin descansar, traza espirales,
sube á desvanecerte en las alturas,
que de ellas nadie vuelve!
¡Ya entre dichas seguras
tu última fibra se hundió y se disuelve!
¿Quién te podrá reconocer ahora
que en el espacio remontaste el vuelo?
¡Cambias de ser, tu cuerpo se evapora
y formas parte del azul del cielo!

RICARDO J. CATARINEU

¡BUJO DE VARELA DE SEIJAS



= Varela de Seijas =



Efecto de sol en las montañas de Davos (Suiza)

EL INVIERNO EN SUIZA

REPRODUCIMOS en esta página dos fotografías de los bellos y sugestivos paisajes de invierno que en esta época del año ofrece Suiza, el país de los panoramas de ensueño, de las visiones dulces y quietas, como imágenes de cuadros que un artista divino hubiese fijado en el lienzo.

Nada más bello, más sugeridor, que más cautive y domine la atención del espíritu, que estas perspectivas policromadas y serenamente majestuosas, que brinda al viajero, al excursionista; los maravillosos espectáculos que la Naturaleza, engalanada de todas las joyas y encantos que posee, ofrenda al espectador.

Se muestra á los asombrados ojos del hombre en este bello país de Suiza, que guarda el secreto de su clima, de su vegetación asombrosa, de sus lagos dormidos, de su constante y siempre nueva y admirable visión panorámica, los más hermosos y atrayentes espectáculos y fenómenos de luz que pudieran soñarse.

Las fotografías de esta página, son dos vistas de las montañas nevadas de Suiza: en una véase, casi cubierto por el albo manto de la nieve, una preciosa perspec-

tiva del paisaje suizo; la aguda punta de un campanario de iglesia, cuya silueta se dibuja sobre el blanco fondo; unos tejadillos medio ocultos y fundidos en la nieve; unos árboles que muestran entre sus ramajes y quietas, rara floración, las rosas de invierno, que se formaron en sus ramas poco á poco, en el lento caer de los copos blancos en las noches y en los días grises, interminables... Y en la línea del horizonte la helada crestería de

las montañas, sobre cuyas puntas la luz dormilona del sol va dejando en cada aguja de hielo una gota de color, que se agita, renueva y varía continuamente, como en una gala majestuosa de suprema policromía...

La otra vista de paisaje de montaña es una bella y poética visión de insuperable encanto, que ofrece á los ojos la mística sugestión de un cuadro religioso: próximo á la cima de un ventisquero y como perdido en las bravas soledades del desierto parece se dibuja la silueta del santuario como una nota de clemencia entre la blanca desolación de la nieve...

Davos es hoy el lugar elegido por la aristocracia europea para invernar.

F. M.



Santuario suizo en las montañas, después de una nevada

MONUMENTOS
:: ESPAÑOLES ::

SANTA MARÍA DE SIONES



Vista general de la iglesia de Santa María de Siones

SIGUIENDO la norma que nos hemos impuesto de ir publicando en LA ESFERA, poco a poco, las informaciones de todo cuanto de bello é interesante posee España en punto á monumentos, ofrecemos hoy á nuestros lectores la del templo de Santa María de Siones, que acaso sea uno de los edificios que cuenta con mayores méritos é importancia entre todos los que hasta hoy han figurado en nuestras páginas.

Nos ha sugerido la idea de dar publicidad á este monumento, la documentada monografía que, acerca del mismo, ha hecho el culto y erudito jesuíta P. Félix López del Vallado, persona la más apta para acometer tal empresa, dadas sus excepcionales dotes de investigador infatigable y profundo conocedor de la materia, cualidades ambas que le han permitido averiguar, hasta en sus más ínfimos detalles, todas y cada una de las particularidades de este monumento, referentes á su historia, origen y fundadores. Y ya que mencionamos al autor de tan interesante volumen, no debemos olvidar al Sr. Torcida Torre, notabilísimo fotógrafo que ha puesto á contribución del buen éxito editorial de la obra su peculiar arte y exquisito gusto, gracias á los cuales y á lo documentado y ameno del texto del P. Vallado la importancia de la mencionada monografía es extraordinaria, porque si bien es verdad que no es esta la primera obra que se publica referente al citado templo de Santa María de Siones, tampoco es menos cierto que en ninguna como en ésta se ha dedicado una atención preferentísima y una descripción minuciosa hasta á los más nimios é insignificantes detalles.

Es, pues, por todos conceptos estimable bajo el punto de vista de obra documental, la labor llevada á cabo por los

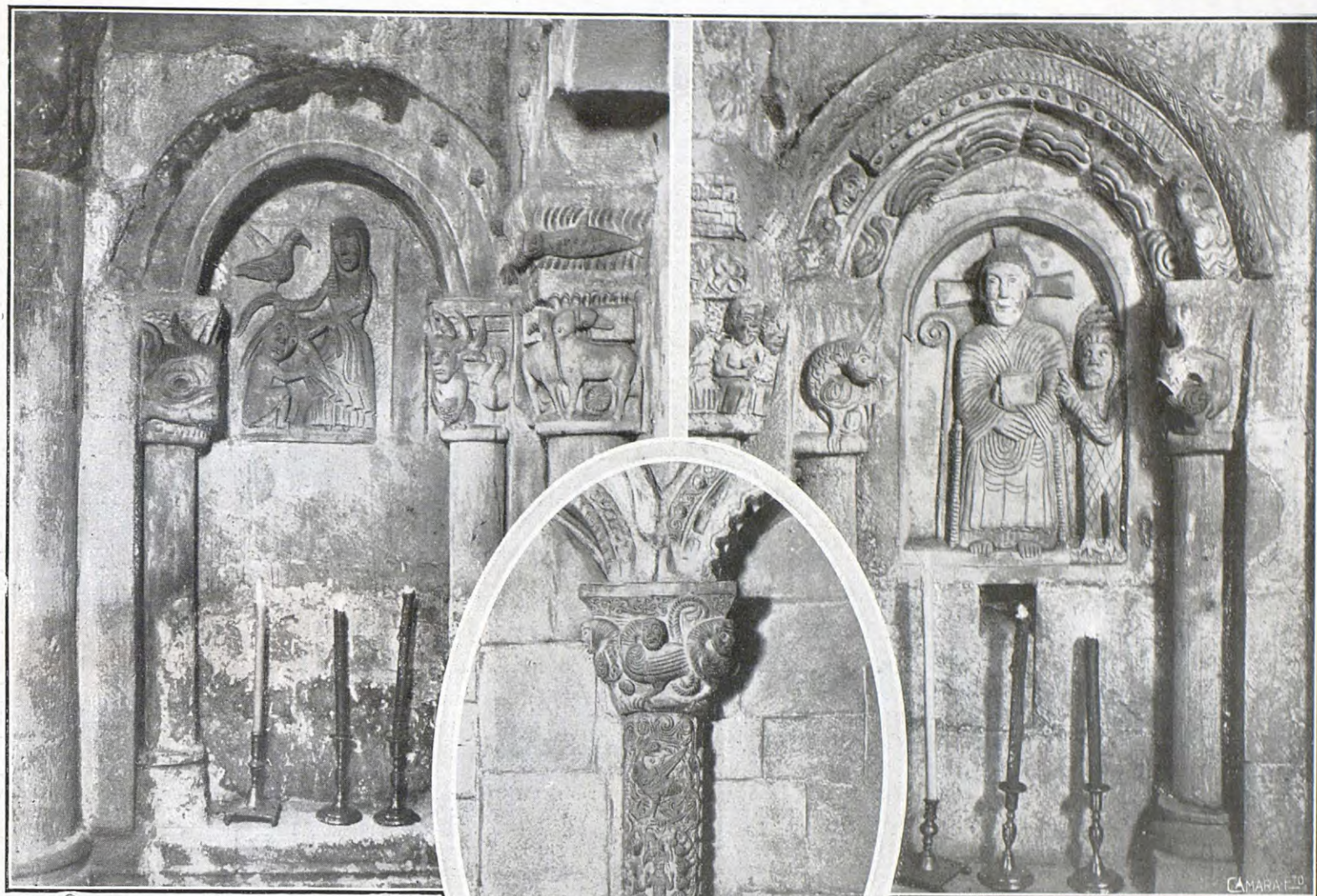


Imagen de la Virgen de Santa María de Siones, tallada en madera á fines del siglo XII

Sres. Vallado y Torcida, el primero de los cuales con sus profundos conocimientos en arqueología y el segundo con sus trabajos gráficos no menos dignos de estimación, han conseguido llevar hasta el público las noticias de un importante monumento de gran valor que sin ellos hubiera proseguido ignorado y desconocido como lo estuvo antes de publicarse la monografía aludida.

El templo de Santa María de Siones se encuentra situado en la parte más poética y sugestiva del pintoresco valle de Mena y el efecto que el templo—reducido y de tosco aspecto—produce en medio de la grandiosidad de las altísimas montañas que rodean el valle, es deliciosamente encantador, como asimismo contribuyen á hacer más bella la situación de la iglesia de Santa María, los espesos y feraces bosquecillos que de trecho en trecho se encuentran en el camino que al templo conduce y el murmurador arroyuelo que mansamente deja deslizar sus aguas por el reducido cauce y que después de lamer con sus cristalinas ondas las plantas del sagrado edificio como un acto de reverencia, va á perderse entre las frondosidades misteriosas de la arboleda. No pudieron, por tanto, elegir más bello ni apropiado lugar los artistas que á tierra ibera llegaron para construir el edificio, en el cual dejaron pruebas irrefutables de su exquisito arte y vastísimo ingenio.

Como en todo el templo de Santa María no puede hallarse inscripción ninguna que permita fijar de una manera positiva y cierta la fecha aproximada de la fundación, ha sido preciso, para determinarla, atenerse á la estructura del edificio, que es de planta rectangular, terminada en un abside en semicírculo. Como extraña particularidad debemos



dejar señalado que, contra lo que se acostumbra en edificaciones de esta índole la iglesia de Santa María de Siones no tiene crucero aunque otra cosa parezca si el visitante del templo se deja guiar por la primera impresión; pues, aunque el emplazamiento del crucero parece estar indicado no llega á serlo por completo.

Los muros laterales de la nave son rectos y sin desviación alguna, y por la parte interior, donde á cierta altura avanzan unos 50 centímetros, la pared se quiebra en la medida de 5 metros de largo por 5 de alto, permitiendo con esto la colocación en el espacio indicado de unos edículos harto reducidos y con sus bovedillas propias.

La parte interior de estos reducidos recintos está ornamentada con gran exuberancia.

En la parte menor del rectángulo se halla una losa de primoroso labrado, debajo de la cual existe una oquedad en la que se supone pudieran haberse guardado en las lejanas épocas el copón ó la píxide de las Sagradas Formas.

La iglesia está inte-

Varios detalles de las primorosas esculturas y labrados del románico templo de Santa María de Siones

grada por lo que podemos llamar cuatro tramos, en los cuales se subdivide el ábside y la parte rectangular.

Como decimos antes, es imposible fijar la fecha más ó menos aproximada de la edificación de este monumento porque no existe documento alguno que pueda dar luz acerca de esto; pero sin embargo, puede afirmarse de una manera absoluta, basándose en los datos suministrados por los diversos arqueólogos que se han ocupado de este monumento, que su edificación data de mediados del siglo XII, en cuya época iniciase alguna pequeña modificación que varió un tanto su primitiva estructura, y á robustecer estos asertos viene la imagen de la Virgen que reproducimos en estas páginas y cuyo primoroso tallado contribuye, con su característico estilo, á afirmar más y más los asertos de cuantos dan como cosa segura la edificación de la iglesia de Santa María de Siones en el siglo XII.

Como decimos en otro lugar, sucede con esta abadía una cosa singularísima, y es



Capitel de un arco



Detalle de uno de los arcos del ábside



Capitel del ábside



Una de las ventanas del templo



Un detalle de las esculturas románicas del templo de Santa María de Siones



Otra de las ventanas del templo

que, á pesar de las muchas facilidades que hay para trasladarse á ella lo mismo desde Burgos que desde Santander y Vizcaya, las riquezas artísticas y arqueológicas que guarda en su recinto apenas si son conocidas, pues dejando aparte todos aquellos que por sus aficiones y sus cargos se preocupan de estas cuestiones de arte, la gran masa de público, ese público que conoce palmo á palmo Covadonga, Monserrat y otros muchos santuarios que no pueden compararse ni con mucho á Santa María de Siones, no tienen la menor noticia de este templo, con ser más importante que todos cuantos actual-

mente gozan del favor de los excursionistas. Por esto considerábamos como una ineludible obligación el dar en estas páginas á nuestros lectores alguna referencia de esta iglesia de apariencia tosca y mezquina, pero que en valor artístico, monumental y arqueológico puede figurar entre las primeras.

Lo detallado y perfecto de las fotografías que ilustran estas planas nos relevan del compro-

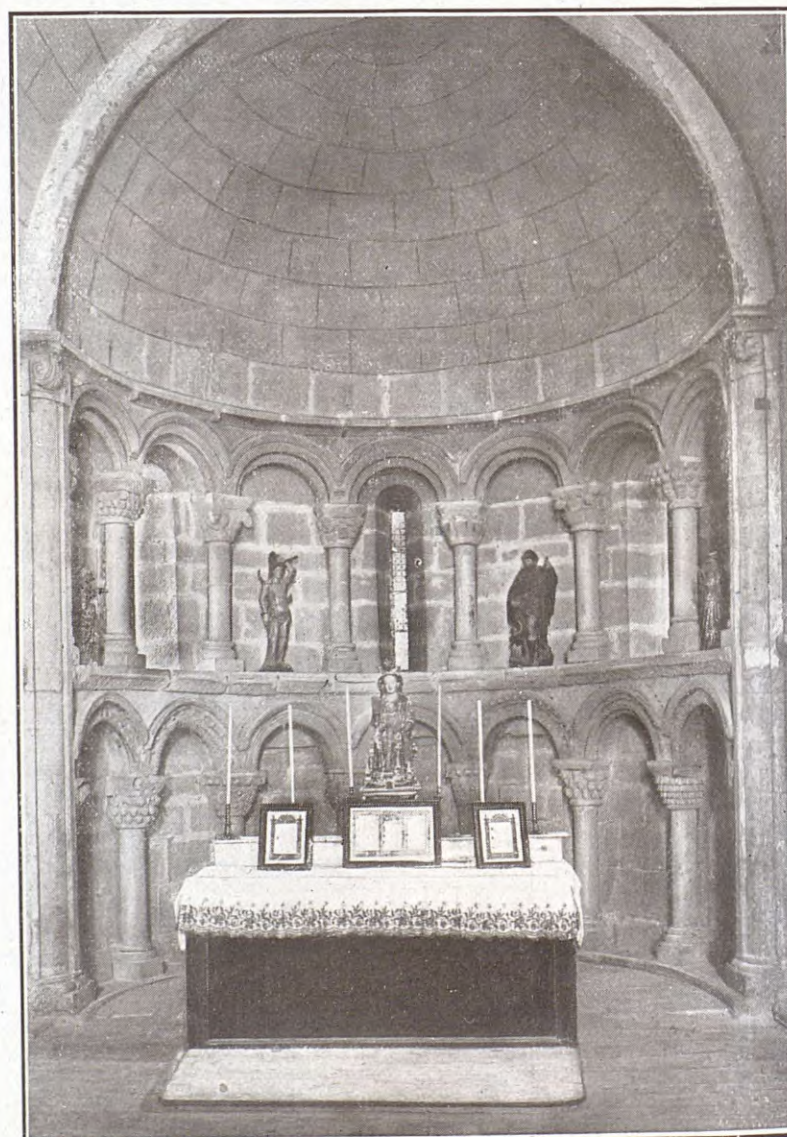
numento á que esta información va dedicada y del cual pudiera decirse mucho más aún si el reducido espacio con que contamos lo permitiera.

Pero ello no es así y por fuerza hemos de limitarnos á ofrecer al lector estos brevísimos datos, con los que puede formar una idea de lo que en punto á importancia monumental, supone el templo de Santa María de Siones.

ABELARDO QUINTANAR



Un aspecto del crucero



El ábside

FOTS. LUX

LA ESFERA

ARTE MODERNO



BAILARINA, cuadro de Ricardo Urgell

EL ARTE CATALAN CONTEMPORANEO
RICARDO URGELL



El ilustre pintor Ricardo Urgell, en su estudio de Barcelona

El apellido Urgell evoca en nosotros el recuerdo de cuadros románticos. Son vespersos invernales, calvarios ó cementerios. Esto sobre todo. Los cementerios de Urgell eran algo característico, inconfundible, en la pintura española de fines del siglo xix. Bastaban unos cipreses, unas tapias, una cancela de hierro á través de cuyos barrotes de hierro orinientos veíanse tumbas abandonadas. Y envuelto todo ello en una gama fría y fina de crepúsculo.

Estos cuadros tenían títulos que se ajustaban á la belleza melancólica del asunto, como un peplo á un cuerpo mojado: *Quietud, Calma, La paz de los muertos, El cementerio olvidado*. Incluso el autor de estos lienzos llevó á la literatura su amor á los santos lugares del eterno reposo y escribió un drama titulado *Miedo*, sobre cuyas escenas flotaba la quietud de la Seca y se sentía el hedor de los osarios...

Y, sin embargo, nada tan distinto de la obra de Modesto Urgell como la obra de Ricardo Urgell. El padre—Modesto—es el paisajista de los cuadros grises y nostálgicos; el hijo—Ricardo—es el pintor embriagado de luz, el colorista brioso. Modesto Urgell prefiere á toda emoción el silencio meditativo de los cementerios. Ricardo Urgell es el pintor de las danzarinas.

¿Necesitaremos decir que nuestro espíritu, que nuestra ansia de ideal y nuestro concepto de lo que debe ser la pintura está más cerca de estos cuadros jugosos, donde palpita la vida, que de aquellos otros sombríos, donde la muerte bosteza?

Ricardo Urgell y Carreras nació en Barcelona el año 1876. Fué discípulo de D. Antonio Caba



"Efecto de luz", cuadro de Ricardo Urgell

en la escuela de Bellas Artes de Barcelona; también en el estudio de su padre trabajó algún tiempo y acaso no sería aventurado hallar antecedentes de su arte actual en cierta época que trabajara junto á Hermen Anglada.

Posee dos terceras medallas conseguidas en las Exposiciones Nacionales en 1897 y 1910. Otra segunda medalla en la quinta internacional de Barcelona; segunda en la internacional de Buenos Aires de 1910; tercera en la internacional de Bruselas y primera en la internacional de Barcelona de 1911.

Ricardo Urgell es un impresionista. Ama las notas fugaces, rápidas, las sorpresas de color que, para otro pintor, pasarían inadvertidas y que en él quedan fijadas de un modo fuerte y gracioso á un tiempo mismo. La luz es para él un ritmo que se desarrolla al envolver los asuntos. Se presiente el gozo con que el pintor va obteniendo las calidades de las cosas y como á veces una relación de tonos opuestísimos le causa un placer casi físico al armonizarlos.

Es como un virtuoso de la glíptica que se complaciera en reunir caprichosamente las gemas por el placer de verlas fulgar y ennoblecer la luz con feéricos cambiantes.

Así se explica que Ricardo Urgell pinte la mayoría de sus cuadros con luz artificial. Se crea para sí mismo la luz que le conviene. En su estudio de la calle Padilla, en Gracia, tiene un cuarto que es como un escenario con la múltiple batería de bombillas rojas, verdes, azules, amarillas... Y, para completar las maravillas de los acordes cálidos, telas de arbitrarios tejidos y coloraciones arbitrarias, junto á otras de se-

vera y patricia riqueza de colorido que recuerdan los cuadros venecianos de otro tiempo. Y también otras que tienen la agresiva entereza de las túnicas y mantos de los primitivos germánicos y flamencos.

Y después Ricardo Urgell envuelve con esas telas—y bajo esos reflejos y cambiantes de la luz que para cada cuadro se crea especialmente—á las danzarinas de los rostros pintados y perversos, de los ademanes graciosos é inesperados, de las contorsiones voluptuosas que deshacen en cabrillos y ondulaciones sus cuerpos.

Acaso todo el porvenir del arte pictórico está en esa grata sensualidad del color por el color cuyo apostolado pertenece al impresionismo francés, del que antes fuera Goya el precursor.

Así, intransigente, despojado de fatigosas ideologías, separada la hiperestesia de su sensibilidad por enormes abismos de la esterilidad académica, va el artista realizando una obra que nada pide á la actualidad y que no debe nada á la adulación del vulgo. En este sentido pocos pintores dan la sensación simpática de su rebeldía como Ricardo Urgell. Pinta lo que le agrada, no lo que podría serle útil que agradara á los demás.

No se crea por esto que Ricardo Urgell es uno de tantos *fauves* que, en contraposición á los que llaman *pompier*s, forman ahora lo más avanzado

de las heterodoxias estéticas. Ricardo Urgell dista mucho de ser un exhibicionista ni necesita disfrazar con atrevimientos de factura la incapacidad de afrontar el natural tal como éste se ofrece al pintor.

Todo lo contrario. Ricardo Urgell es un observador sagaz; un intérprete exacto de la realidad. Ved ese cuadro *Plaza del Bolsin*, que no vacilo en considerar definitivo é irreprochable y que en la nacional de 1911 era uno de los más hermosos. Es una página sincera, magistralmente expresada, de la vida barcelonesa. Unicamente Ramón Casas sería capaz de dar esa misma sensación de veracidad realista.

Como también son notabilísimos sus cuadros de los teatros populares, de esas barracas de los suburbios en las que alternan los melodramas con las salacidades de baja estofa.

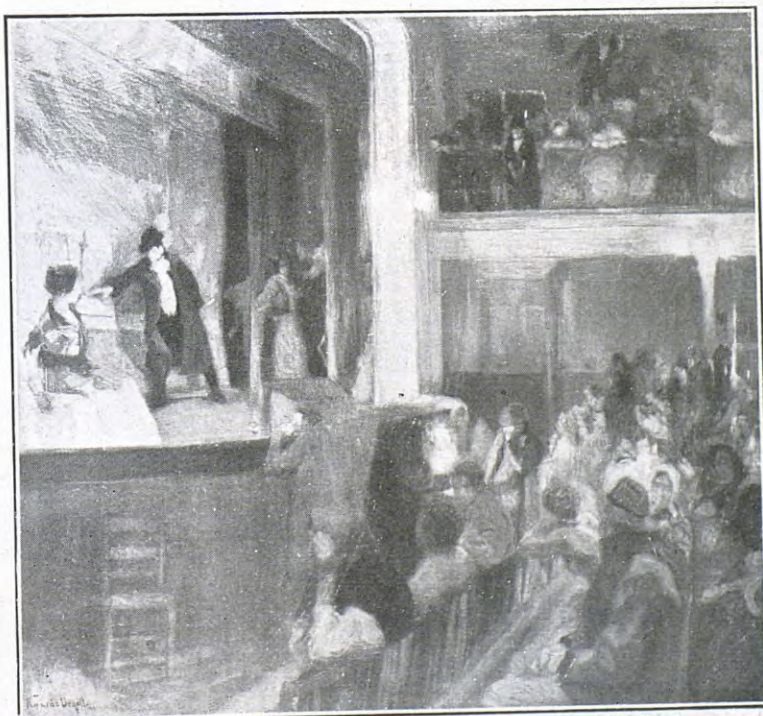
Los lienzos—titulados humorísticamente—*Esposa infiel ó la hija del carbonero* y *Esta y la otra, diez céntimos* son modelos del género.

Y siempre, igual en estos lienzos que interpretan momentos contemporáneos y que son inapreciables datos documentales de una época; que en

los otros donde el artista se propuso únicamente resolver problemas de luz y de color, no hay nada que recuerde la tristeza, la desolación, la sentimental nostalgia de los cuadros de Modesto Urgell. La pintura, que en el padre es suspiro y niebla, es en el hijo grito y resplandor. —SILVIO LAGO



"El Bolsin de Barcelona"



TEATROS DE SUBURBIO

"Esposa infiel ó la hija del carbonero"

Cuadros de Ricardo Urgell

"Esta y la otra, diez céntimos"

EL INCENDIO DE BERGEN

OTRA vez un incendio ha destruido la pintoresca ciudad noruega. Era una cosa que se esperaba siempre, porque Bergen nos daba toda su impresión de ciudad sin cimientos, tan ligera, que un día había de arder y consumirse; algo así como esas filas de soldaditos de plomo que colocan los niños en orden de batalla, y que en tocándole á uno ruedan todos.

Contribuía á esta impresión la historia de la ciudad, una historia trágica, de luchas y combates desde su fundación por Olafkyrre, de batallas civiles y revueltas en la antigüedad y por incendios que la asolaron más de una vez, como sucedió en 1702.

Por eso la preocupación del fuego era allí común á naturales y extranjeros. En todos sus museos se veían multitud de aparatos de extinción de incendios; y últimamente las grandes obras hechas en el acueducto que alimentaba el Svartdige, inmenso depósito de agua en el fondo de un valle sombrío, rodeado de altas montañas, que le daban aspecto de embudo, permitían creer que en la ciudad no se podrían dar ya tan terribles siniestros.

Pero los extranjeros nos inquietábamos; nos inquietaba más la vista del aparato de salvación de incendio que cada uno tenía al lado de la cama, que la idea del peligro. Dormir con un aparato de aquellos á la cabecera del lecho, era algo así como estar en el camarote de un barco amenazado de tempestad con el salva-vidas á la vista.

Más de una noche di vueltas á aquella larga cuerda sin nudos, en cuyo extremo había unas argollas de madera. ¿Cómo se utilizaría aquello? Parecía como si hubiese una de amarrarse á la punta para dejarse caer y estrellarse con cuerda y todo.

Y, sin embargo, en la placidez de aquellos días interminables, en los que un crepúsculo se unía á otro crepúsculo, triunfaba la poesía de las casas de madera y se veían con cierto enojo los soberbios edificios de piedra, como el Banco y la Bolsa.

Bergen antes que nada era pintoresca, por su desigualdad, por su animación, por su color tan original y tan vivo. Su calle más animada, Strandgaden, era como la espina dorsal de una península que remataba en el parque de Nordnäs,

avanzado en el mar frente al bello espectáculo de su fiordo marcando el rumbo de ese misterioso país de los hielos que empieza en el Cabo Norte.

En el Tover se veía la síntesis pintoresca de los tipos noruegos, sus mujeres enérgicas y vivaces; sus pescadores y marinos, de cara sonrosada, alta estatura y aspecto de hombría de bien; ese aspecto de los hijos de países en los que la lucha con la naturaleza no deja que se desenvuelvan las luchas entre los hombres.

Bergen debía su riqueza á la liga alemana de los Hanseáticos, y allí, en el viejo muelle se conservaban su museo y sus casas como una página de historia viviente; y hacia el otro lado... más allá... más allá... se iban extendiendo, entre estanques y jardines, casas pobres, lindos hoteles, buenos museos, iglesias y hospitales: la ciudad de las siete colinas, como por tener esta semejanza con Roma se le ha solido llamar, presentaba una variedad siempre amena y renovada, que ahora apenas en el recuerdo.

Los telegramas no dan detalles del siniestro. Por ellos no podemos saber bien la parte que ha sido destruida y creemos que se ha perdido todo. ¿Se habrá perdido aquel viejo teatro de madera que dirigió Ole Bull y que fué cuna del arte nacional porque allí estrenaron unos muchachos desconocidos que se llamaron Ibsen y Bjørson?

¿Se habrá perdido aquella vieja casa de madera que se alzaba frente á mi hotel en la misma Strandgaden? Era una casita modesta; en sus ventanas con cortinas blancas y tiestos de flores

pegados al cristal no se veía á nadie nunca; en el bajo un rótulo rezaba que vivía allí un señor Paterson cualquiera; pero sobre la puerta una lápida nos decía que allí nació y vivió mucho tiempo Halberg, el Molière del Norte, el creador de toda la literatura escandinava, no ya sólo de Noruega. Aquella sugestión parecía rodear de poesía la verdosa casa de tablas y todas las mañanas, al abrir el balcón, se daban mentalmente los buenos días al vecino.

Pocas ciudades del mundo tan activas, tan honradas, tan trabajadoras y comerciales como Bergen; más inocentes y más sanas.

No la conozco en esta noche de nieve y obscuridad que

ha iluminado su incendio; la veo en sus días de sol y en los crepúsculos claros de su cielo sin estrellas, con su luna tan vertical y tan pálida como una rodaja de limón.

Los últimos días de mi estancia en ella fueron los primeros de esta guerra europea que sufrimos; los telegramas que narraban las primeras batallas se exponían en la puerta de las redacciones de los periódicos; el buen pueblo de Bergen se agrupaba á leerlos y después hombres y mujeres se retiraban llorando, conmovidos por el dolor de los otros pueblos.

En pocos días los efectos de la guerra se hicieron sentir en una atroz subida de los víveres, ya de suyo poco variados y poco abundantes. La situación de Bergen debía ser ya ahora bastante triste, y para colmo, como si el soplo de destrucción que pasa por Europa no quisiera perdonarla, viene la destrucción y la miseria de miles de familias sin hogares.

Nosotros no podemos dar todo el valor que dan los noruegos á la palabra *hogar* en medio de una naturaleza tan inclemente y tan dura.

Y, sin embargo, esa supresión de ciudad flotante, de ciudad frágil, de ciudad marina que nos dió, perdura en nosotros tanto, que se nos aparece como si en vez de quemarse y destruirse sus casas no hubieran hecho más que cambiarse de lugar como una flotilla de barquichuelas que bien pronto se han de ver más sólidamente ancladas en el mismo sitio.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)



Vista parcial de Bergen, desde el mar



Vista del muelle de Bergen



Una calle de Bergen